



Advertencia

Para poder hablar de la solución de la crisis, ha habido que retrasar un día la publicación de este número.

Sigamos hablando

Quedábamos en que hoy debía de ir algo del movimiento obrero moderno, y lo haré, pero antes permítame, querido Nakens, una disquisición histórica.

En la primera Guerra civil las masas carlistas conscientes luchaban contra la revolución y por la proclamación de un rey que consideraban el heredero legítimo del trono, de acuerdo con las leyes y tradiciones importadas a España por la dinastía de Borbón. En lo económico la rebelión carlista representaba la propiedad agraria luchando contra la burguesía industrial, llegada el Poder, fenómeno ó hecho que es de todos los países. La revolución no había puesto mano en la propiedad, pero sí había abolido los señoríos, y al poder y al infijio de los desposeídos de jurisdicción sobre sus vasallos, se sumaba que en bastantes comarcas de señorío de nobles y prelados la vida era menos dura que en los sometidos a la corona ó la nación. Añádase á esto cierto descontento en el ejército por la forzosa lentitud de los ascensos efecto de la repatriación de las tropas de América, pérdida toda, con excepción de Cuba y Puerto Rico, en tiempos de Fernando VII, la subsistencia de los batallones de voluntarios realistas, y se comprenderá la magnitud de aquella rebelión, sobre todo si se recuerda que diez años antes de la guerra civil, las tropas de Angulema, que hablan venido á restaurar la monarquía absoluta, cruzaron desde el Bidasoa á Cádiz poco menos que sin disparar un tiro, siendo recibidas en casi todas partes con los brazos abiertos.

La suerte de España y de la civilización estuvo en que aquel Carlos V fuese un solemnísimo majadero, que rechazaba á los hombres de mérito y dejaba hacer á los mentecatos; que si el pobre tonto llega á tener talento y vista, á estas fechas en la historia consaría como un rey efectivo. (Entre paréntesis, yo me permito pensar que ello habría sido un bien á la larga, porque á estas fechas una revolución nonda y verdaderamente popular nos habría puesto del otro lado.)

Mendizábal, el único revolucionario que España tuvo en el Poder,—descontando

el 73—es quien asesta el más rudo golpe al carlismo con la desamortización de bienes de manos muertas y con la disolución de los órdenes monásticos; pero si es cierto que con la venta de estos bienes creó una burguesía que tenía algo material que perder y que defender, no menos cierto es que generalizó demasiado el principio asentado por Jovellanos en su *Ley Agraria*, y cometió la torpeza de incluir tierras comunales, baldías, aprovechamientos y bienes de propios en la desamortización, con lo que privó al pobre de un recurso para vivir y dió á parte de la masa proletaria rural motivos de descontento de la revolución.

Concluida aquella guerra, no con la destrucción de las fuerzas carlistas, sino mediante un convenio, los gobiernos de Isabel II ceden á las imposiciones de Roma, acaso por miedo, y por otro convenio ó concordato se paralizan los efectos de la desamortización en lo que á bienes de la Iglesia se refiere, pero no se paralizan entonces *ni se han paralizado aún*, aunque lo intentaron Moret y Maura con proyectos de ley de administración local—en lo que respecta á los bienes comunales, baldíos, etc.

Y surge la segunda guerra, alentada, sobre todo el 73, por casi todas las naciones de Europa continental, sin excluir, sino todo lo contrario, y muy lo contrario, la República francesa... de Thiers, y excluyendo á la Italia recién unificada, pero no á los reyes, príncipes y duques italianos destronados por Garibaldi.

Apenas comenzada la industrialización de España, no siendo precisamente atractivo ni defendible siquiera el régimen parlamentario del reinado de Isabel II—cinco lustros de oprobio—, el carlismo tenía menos contenido *tradicional* en las masas convencidas, pero tenía el contenido de la pérdida de los bienes comunales, á pesar de la sabia, humana y clarividente previsión del gran Florez Estrada...

Pues bien, esto se acabó, querido don José, pero en cambio la alta burguesía los herederos de aquellos que se enriquecieron con la compra de bienes nacionales vuelven los ojos á la iglesia, fían en su acción contra las masas proletarias.

Los carlistas dueños de bienes nacionales, los carlistas utilizando—como en alguna región de Navarra—su influjo político para desposeer á los humildes del disfrute de las tierras comunales aun no enajenadas, los carlistas accionistas de empresas, dueños de fábricas, han empujado forzosamente á las masas obreras á la organización para la resistencia, y así en la montaña catalana—¿no es verdad,

amigo Pey?—donde en tiempos los obreros y las obreras marchaban á los presidios industriales cada día antes del alba, alumbrados de faroles y rezando el rosario, hoy se lee *Tierra y Libertad*, *El Socialista*, *El Motín*, y en Ripoll, en Vich, en Berga, en Olot, hay organización y huelgas...

Contra esta deserción de las masas, contra esta organización *de clase*, pero organización revolucionaria radicalísima, se levanta ahora una parte del capitalismo, la más poderosa, la más rica—Comillas, Domecq, Chavarri, Larios—auxiliando á la *religión* para que contenga los ímpetus—que en fin de cuentas suponen merma de ingresos en caja—de las masas obreras organizadas como clase.

Esta organización, no podían propagarla los republicanos, salvo en ciertas regiones agrarias y de supervivencias feudales como Extremadura y parte de Andalucía—¿habrá que recordar el nombre de Moreno Mendoza?—; los propagadores tenían que ser—aparte el ejemplo *del contagio*—los socialistas y los anarquistas, los hombres que incubara la Internacional, y esta organización es el factor nuevo, factor que no podía aparecer en 1833 y en 1872. No podían ser los republicanos los propagadores, porque á los obreros de la Seo de Urgel, de Urnieta, de Becite, de Durango, de junto á Oñate, de junto á Estella, de las minas de Aller... había que hablarles un lenguaje que ni pueden ni deben hablar los republicanos, había que decirles algo que estaba ya en el ambiente, algo que ellos presentían confusamente y no acertaban á expresar...

Pero no es esto solo. Acaso lo más interesante es que la persecución á los pobres obreros más significados en la organización—persecución principalmente llevada á cabo por elementos clericales ó que andan con ellos—ha tenido la virtud de extender este reguero, como le han extendido las mismas condiciones de la industria.

Veamos un ejemplo:

Usted no conoce Mieres; yo sí porque allí estuve; pero usted conoce de Mieres el libro de Ciges *Los Vencedores*, que leímos juntos en la cárcel. Sabe usted que aquella fábrica, dueña de la población influida del clericalismo, venció á los obreros, y de allí tuvieron que salir los obreros más resueltos y significados, *pero no salieron todos*. ¿Y qué pasó? Pues que los expulsados llevaron á otras comarcas la organización, que otros marcharon al extranjero y ¡han vuelto!, y que otros conservaron vivo el fuego sagrado, que hoy es espléndida hoguera. Pero no es

esto solo. Los expulsados hubo que reemplazarlos, y se les reemplazó con gente de Castilla, y estos castellanos se contaminaron, y cuando por haber hecho algunos ahorros—no quiera usted saber á costa de qué privaciones—, ó por que los llamara el calor del hogar ó por otras circunstancias volvieron á sus pueblos, llevaron algunos las ideas y concertaron voluntades... ¡En las faldas de Covadonga, entre riscos, hay una pobre aldehueta cuyo nombre calló; pues allí—yo lo he visto—un humilde colono ha hecho una organización adecuada al país; y es que este colono estuvo en Vizcaya en tiempo de huelgas, y no como obrero sino como soldado... Acaso las huelgas de Buferrera, ya casi en los Picos de Europa, son en algo resultado de esta fuerza incoercible de penetración.

Lo que hay es que esta labor es lentísima, silenciosa y hasta desconocida, incluso para los que presumimos de enterados, porque no se expresan en Comités, ni en partidos, ni en candidatos. Es algo así como las islas madreporicas de que hablan los geógrafos, islas que seres minúsculos van levantando desde el fondo del mar, y un día surgen de las aguas ante el navegante atónito, que no las vió antes en la carta de navegación, que no las vió tampoco en anteriores viajes...

Pero esto es ya muy largo, y con su permiso y el de los lectores seguiremos otro día.

J. J. MORATO

La huelga de Riotinto

Los mineros de Riotinto siguen manteniendo la huelga que con tanta razón como justicia han promovido frente á los arrendatarios extranjeros que los explotan, les vejan y los tiranizan cruelmente.

Carecen de recursos, y en la Casa del Pueblo de Madrid se ha abierto una suscripción para ayudarles. Acudo á ella con cincuenta pesetas, sintiendo no poder llevarles más.

Y les ruego en nombre de los suscriptores de la *Cruz Roja Republicana*, que se sirvan aceptar otras quinientas. Ambas cantidades quedaron entregadas el lunes en la Casa del Pueblo.

No fué creada la *Cruz Roja* para atender urgencias de esta clase, pero tengo la seguridad de que ninguno de los donantes, en su mayoría obreros, (pues son contados los republicanos de posición que han contribuido), llevará á mal que, por mi propia iniciativa y sin consultarlos, entregue yo esa cantidad.

Simpatizo con todas las huelgas que se plantean por las causas que esa de Riotinto, pero con esta más que con ninguna, por que aún vibran en mi espíritu las indignaciones que sentí al leer el formidable libro de Ciges Aparicio, en que nos pintó lo que en aquellas minas ocurre, como también recuerdo la horrible matanza que allá por el año mil ocho-

cientos ochenta y tantos hizo un gobierno criminal en los trabajadores que se quejaban de los estragos que en su salud, y en sus viviendas y en los campos causaba el humo de las calcinaciones.

No creo, repito, que haya ningún donante que proteste de esto que hago, y que no hubiera hecho si cuento con quinientas pesetas más; pero si hubiere tres siquiera, ya vería yo la manera de reintegrarlas á la suma total, tan exigua hasta la fecha, que debiera avergonzarse á un partido en el que hay hombres que celebran banquetes en la Rabasada á treinta pesetas cubierto para adular á su jefe, y otros que se gastan treinta mil pesetas, á quince por cubierto, para oír el discurso de un republicano que no se sonroja al proponerles que se vayan con él á la Monarquía.

JOSÉ NAKENS

LA CRISIS

Pocos detalles. ¿Para qué? Es agua ya pasada.

Lo culminante ha sido esto.

Que Romanones fué derrotado en el Senado.

Que presentó la dimisión.

Que fueron consultados los hombres de costumbre en estos casos.

Que el rey intentó que los liberales se entendieran para seguir gobernando, y no lo consiguió.

Que entonces llamó á Maura para encargarle del poder.

Que este impuso tales condiciones para aceptar, que el rey no quiso admitirlas: entre ellas la de que formaría el gobierno con sus cómplices en el fusilamiento de Ferrer.

Que entonces el rey llamó á Dato y le encargó de formar gobierno.

Que Dato se reservó contestarle hasta consultar con Maura.

Que fué á casa de Maura, donde le dijeron que no estaba y que no sabían donde podría encontrarse.

Que Dato aceptó por fin, y que el lunes por la tarde juró en Palacio este gobierno conservador:

Presidencia.—Dato.

Estado.—Marqués de Lema.

Gracia y Justicia.—Marqués del Valido.

Gobernación.—Sánchez Guerra.

Hacienda.—Bugallal.

Guerra.—General Echagüe.

Marina.—Vicealmirante Miranda.

Fomento.—Ugarte.

Instrucción pública.—Bergamín.

Mientras los liberales se tiran ahora los trastos á la cabeza por si Romanones tiene la culpa de lo ocurrido, ó si la tiene García Prieto; y los mauristas han comenzado ya á disparar cañonazos contra el gobierno conservador;

Mientras los Azarates y los Melquíades estarán convencidos ya de que acer-

taron al asegurar que los conservadores no gobernarían más...

Los republicanos podemos y debemos envanecernos de haber contribuido en parte á que Maura no vuelva, (si es que quería realmente volver, que lo dudo al ver las condiciones que puso), y aprender de paso en la caída de los liberales, que la división es la que mata á los gobiernos y destroza á los partidos.

La subida de los conservadores no preocupa á la opinión tanto como debiera, porque, ante el temor á que Maura volviese, se le antoja Dato un mal menor, como efectivamente lo es; pero fíjese en que Dato ha tenido la imprevisión ó cometido la torpeza de nombrar ministro á Ugarte, hombre más odioso que Cierva en cuanto se relaciona con la muerte de Ferrer, y que sospecha si será ese ministro el eslabón que una secretamente á los conservadores con el maurismo.

En fin, allá veremos.

Si lo ocurrido sirviese para que los republicanos buscásemos en la unión la fuerza que la desunión nos ha quitado, y nos organizásemos por provincias, único medio á que no hemos apelado aún, habría que bendecir la vuelta de los conservadores.

Opiniones sobre Ugarte

España Nueva

La noticia de que el funesto ex fiscal del Supremo Javier Ugarte sería ministro de Gracia y Justicia ha producido en todos los elementos de la izquierda una indignación enorme.

Todos recordarán que el tal Ugarte fué quien preparó, aderezó y falsificó las pruebas contra Ferrer, lanzando á la publicidad aquella famosa circular que fué ludibrio y vergüenza de España. Sobre ese hombre, pues, recaen tantas y tan graves culpas como sobre los propios Manra y Cierva.

La presencia de Ugarte en el Gobierno del Sr. Dato es un reto al país y una burla sangrienta que de ningún modo puede tolerarse. Contra ella se levantará todo el pueblo, que no olvida ni perdona á los que promovieron aquella injusta, rencorosa y bárbara represión de 1909.

Ya se ve que Dato no se propone rectificar la política de los funestos verdugos de Ferrer. Lo prueba el hecho de que se presenta á la opinión del brazo del reaccionario y vengativo Ugarte, á quien todos los españoles honrados han maldecido iracundos.

El País

Mentira nos parece que hombre tan listo, tan bien equilibrado y tan prudente como el Sr. Dato, haya cometido la torpeza de asociar á su labor á los Sres. Ugarte y Echagüe.

Ya se nos alcanza que los ha nombrado ministros por no tener otros á mano. El Sr. Ugarte es más que probable que

deba su designación al señor Azcárraga. Bien está; pero el señor Dato no ha debido olvidar las muchas cosas que ha olvidado al hacer ese nombramiento.

El Sr. Ugarte representa en el Gobierno á los hombres de 1909. ¿Se ha querido dar esa representación al año siniestro en que se ha petrificado el señor Maura? Pues en ese caso, bublese sido menor la ofensa dando nra cartera al Sr. Cierva.

El Sr. Ugarte, fiscal entonces del Tribunal Supremo, fué á Barcelona, calificó el delito, lo convirtió en sedición, en rebelión, y, por primera vez, soltó el nombre de Ferrer. Su actuación en aquella represión inquisitorial fué cien veces peor que la del Sr. Cierva, que habló ó despotricó mnche, pero que, en realidad, no hizo más que aquello, y ya es bastante, de divulgar los hallazgos policíacos y darlos á la publicidad, truncados y como cosa fresca acabada de escribir.

El Radical

«Ugarte es la nulidad más grande que se cotiza en el mercado de la política. Hay algo en él del espíritu torquemadeco de Maura. Hombre atávico, sin meollo, archivo de pasiones, se distinguió en la represión barcelonesa, por ser el acusador temerario, injusto y cruel de Ferrer Guardia. El fué á Barcelona para que se desglosase del proceso general la causa de Ferrer, lo que permitió el asesinato posterior. Su nombre se confundió con el de Maura y Cierva en la execración nacional y extranjera. El desprecio que echó del Poder á los victimarios de 1909, le alcanzó al entonces odioso fiscal del Supremo, Sr. Ugarte.

¡Y aun se dijo ayer, en los primeros momentos, que se encargaba del ministerio de Gracia y Justicia! Hubiera sido hacer escarnio á la opinión. Ugarte no puede ir á Gracia y Justicia, porque en 1909 contribuyó á que no hubiese «gracia», luego de haber quebrantado la justicia. Claro que, en Fomento, tampoco está bien el Sr. Ugarte, cuya marcha es la premiosa de la tortuga ó la regresiva del cangrejo. A Ugarte sólo se le concibe cobrando el 80 por 100 por liquidar administraciones de loterías. Y como tales liquidaciones no haya que hacerlas en el ministerio de Fomento, será muy menudado papel el suyo. Pero, á pesar de esto, ¡aún tenemos que aplaudir que se le haya birlado la cartera de Gracia y Justicia! Siquiera no se puede considerar rotada la opinión pública.»

El Socialista

La delación, la acusación, más ó menos verídicas, contra Francisco Ferrer, debía ser justamente recompensada, y al efecto, el sociológico jefe del Gobierno elige para el Ministerio de Fomento á D. Javier Ugarte.

Con motivo de una entrevista celebrada con él por varios periodistas, entre ellos el de *La Epoca*, dijo en 1909 este periódico:

«Dijo el Sr. Ugarte que UNO DE LOS INICIADORES Y DIRECTORES DE GRUPOS FUE FERRER, quien en los días del movimiento estuvo en Barcelona y luego en Montgat, pueblo donde tiene una finca, y desde este último punto irradió el movimiento, desapareciendo poco después.»

Refiriéndose á las mismas declaraciones, *El Universo* escribía:

«Persona tan autorizada como el señor Ugarte, que acaba de venir de Barcelona... NO HA TEMIDO AFIRMAR QUE EL ALMA DE LOS ABOMINABLES EXCESOS ALLI COMETIDOS ES EL TRISTEMENTE CELEBRE FERRER.»

El ilustre Simarro, en su libro *El proceso Ferrer y la opinión europea*, obsequia al actual ministro de Fomento con estas dulces palabras:

«...Nadie imaginó, nadie sospechó, nadie pudo suponer que el fiscal del Tribunal Supremo INCUPI PARA SIN PRUEBAS Y AFIRMASE SIN FUNDAMENTO.

»Se habla visto en el *affaire* Dreyfus, que tanta analogía muestra con el proceso de Ferrer, un coronel de la policía militar falsificando documentos para engañar al Consejo de guerra... pero era de todo punto increíble que un auditor general de guerra y fiscal del Supremo Tribunal de Justicia de la Nación, enviado por el Gobierno de S. M. á investigar las causas de la rebelión de Barcelona, SIN TENER EN SU MANO PRUEBAS FENACIENTES Y TERMINANTES, CIARAS COMO LA LUZ DEL MEDIO DÍA, DECLARASE EN PÚBLICO... QUE EL AUTOR PRINCIPAL DEL MOVIMIENTO, Ó UNO DE LOS INICIADORES Y DIRECTOR DE GRUPOS, FUE FERRER.»

¡Qué honra para el nuevo ministerio! ¡Contar con un señor que ayudó al fusilamiento de Ferrer acusándole de cosas que no había visto, de las que no tenía pruebas y que á última hora no se atrevió á sostener! Un señor muy católico que falta con la mayor naturalidad al octavo mandamiento, que, según los autores de la doctrina cristiana, ordena NO LEVANTAR FALSOS TESTIMONIOS NI MENTIR.

No es extraño: católicos son Maura y Cierva, sus señores, y sobre su conciencia (como se ve, somos optimistas suponiendo que la tienen) pesan Baró, Clemente García, Ferrer, Hoyos y Malet.

El salto mortal

Mortal para su historia, su fama, su buen nombre. Este es el salto que dió Melquíades en el banquete del Hotel-Palace.

A vuelta de los «frecimientos democráticos» de ritual, que antes que él hicieron Muret y Canalejas, y que ninguno de ellos cumplió, escupió sobre su pasado; elcigó á tres reyes de la dinastía borbónica; vomitó unas cuantas frases ridículas contra los republicanos que no lo han seguido; hizo unos pinitos de amenaza, con menos gallardía que Maura; aseguró que no volverían los conservadores, y pare usted de contar; todo muy bien *loreado*, eso sí, porque como loro

es de primera, y más ahora que se ha convertido en *lorito real*.

Con los mismos gestos, los mismos ademanes, el mismo tono de voz que anatematizó y condenó ayer la Monarquía, ha cantado hoy sus excelencias; con la misma prosopopeya, igual énfasis é idéntico empaque que predicaba la revolución, ha defendido la evolución...

Lo cual prueba que todos los charlatanes eximios, y él más que ninguno, carecen de convicciones, y lo mismo se remontan á las alturas de la elocuencia cuando ensalzan lo blanco, que cuando alaban lo negro.

Dicen sólo aquello que puede producir el efecto deseado en el público que tienen delante, ó van á lo que particularmente le conviene, y todo lo demás les importa un bledo.

El juicio que de su oración monárquica han formado republicanos y socialistas, puede verse en los trabajos que transcribo á continuación. El que yo he formado, ya lo iré diciendo poco á poco.

Y el efecto que sus pronósticos han producido, puede condensarse en esta frase:

Los conservadores están ya en las esferas que él soñaba escalar.

¿Indignación? ¿Asco? ¿Desprecio? ¿Lástima?

Lo que cada cual quiera. Todo, aplicado hoy á él, es uno y lo mismo.

España Nueva

Para el fiscal de S. M.

Quince procesos en quince párrafos tomados del «Diario de las sesiones».

MELQUIADES LLAMA AL TRONO PERJURO, DESLEAL, TRAFOR, MIEDOSO, PREMIADOR DE PERFIAS, INCULT, HIPOCRITA, FANÁTICO, AMPARADOR DE LAS INQUIDADES DE LA IGLESIA, DESHONRADOR DEL EJÉRCITO, Y ACABA EXCITANDO Á ÉSTE Á LA SUBLEVACIÓN.

Decía Melquíades Alvarez el día 6 de Junio de 1910 en el mitin del Frontón Central (aquel célebre mitin en que abrazó á Pablo Iglesias):

«He venido á decirlos, correligionarios de Madrid, que necesitamos mantener la Conjunción republicano-socialista porque es el ejército más poderoso con que cuenta España para defender la libertad. Porque es, además, la única garantía de que no volveremos á caer en aquellas vergüenzas de la reacción ferandina con que nos deshonró Maura en los últimos meses de su Gobierno. (Muy bien) Porque es, además, la única fuerza positiva revolucionaria que con reflexión, con calma y patriotismo habrá de utilizarse para proclamar en su día la República. (Muy bien, muy bien).

No deben extrañaros estas manifestaciones que acabo de hacer; responden, en realidad, á mis ideas y á mis sentimientos de siempre. Yo he sido, como sabéis, pratero durante mucho tiempo de una

alianza liberal, en la que tenían cabida todos los que ostentaban aquella significación política, monárquicos y republicanos, liberales y demócratas, ácratas y socialistas; todos los que rendían culto á las ideas de la Revolución de Septiembre; todos los que deseaban sinceramente afirmar la secularización de la vida del Estado, y, por ende, la independencia del Poder civil. Creía entonces—sigo creyendo ahora—que es imposible en España consolidar seriamente obra democrática alguna en tanto no desaparezca un régimen político mediatizado, que permite al Romano Pontífice compartir la soberanía civilísima del Poder soberano.

«Aquella alianza fracasó porque en las filas de ciertos partidos abundan los débiles y los traidores; pero aquella alianza demostró al país que España no vivirá jamás la vida espléndida de la civilización en tanto haya un régimen que premia la perfidia con el Poder y sacrifica á su egotismo los otros intereses de la Nación. (Grandes aplausos.)»

En el mismo discurso añadía el orador: «La Monarquía representa, y no hay que olvidarlo, la pérdida del territorio, que fué un día la expresión material de nuestro Poder y del genio aventurero de la raza; la Monarquía representa el fracaso de su régimen militar, que durante cuarenta años no ha logrado un solo resplandor de gloria para el Ejército, á pesar de la fortuna y del heroísmo derrochados; la Monarquía representa el imperio de la incultura, que cada día nos aleja más de Europa y nos aproxima intelectualmente á África, empujados por la ignorancia y por el atavismo de la barbarie; la Monarquía representa el fracaso de nuestra Hacienda, que hoy vuelve á liquidar con déficit, sin haber intentado siquiera la reorganización de los servicios; la Monarquía simboliza aquí la hipocresía y el fanatismo (Muy bien, muy bien, grandes aplausos); porque cuando en todo el mundo la tolerancia es virtud universalmente practicada, aquí á la sombra de la cruz se cobijan todos los desvarios de la política ultramontana y todas las inicuas é inquisitoriales iniquidades de la Iglesia. (Muy bien, muy bien.)»

La Monarquía representa más: representa la depauperación de las ciudades, de los pueblos españoles, que viven tristes, sin energías, sin alientos, tumbados perezosamente al sol, degradados bajo la incuria del gobierno, por el inflajo tremendo de la miseria y del vicio, (Muy bien, muy bien. ¡Bravo!). La Monarquía representa todo esto.»

Otro delito. El discurso pronunciado en Madrid el 10 de Julio de 1911. Entoces se expresó el jefe del reformismo en estos términos:

«Yo he predicado la inteligencia con los socialistas en una época en que los socialistas eran mis mayores y más encarnizados enemigos; y la he predicado porque presentía que este régimen dinástico, que ha dejado en la Historia fama

de perjurio y de desleal, olvidando los deberes constitucionales, haría traición á la libertad, con la que ha transigido por miedo, pero con la que vive en perpetua é irreductible discordia. (Aplausos.) Y mis presentimientos se realizaron... La reacción fernandina, con todos sus horrores, se desató sobre España en un verano trágico, el de 1909; se atropelló la Constitución, se encarneció la libertad, se utilizó la justicia como espada de la venganza, y á veces como instrumento del crimen; se fué á la guerra contra la voluntad del país, clausurando súbita y cobardemente las Cortes; se inició desde arriba, para deshonrarnos ante el mundo, una política de represión inhumana y bárbara, puesta al servicio de menguados abominables intereses... ¡Se realizaron mis presentimientos, correligionarios de Madrid!

Recordad á Ferrer, á Baró, al pobre Clemente García, á todos los que fueron víctimas de aquella represión, cuyos nombres piden vindicación y justicia. Y lo menos que podemos hacer es inutilizar á los gobernantes que de manera tan inicua procedieron. (Aplausos.) No deben volver, que lo oigan los conservadores, no deben volver ni aquellos tiempos ni aquellos hombres. Si arriba, no escuchando los ecos y las protestas nuestras, que no son los ecos del partido republicano, sino los ecos de toda la opinión liberal y honrada del país, se da fácil acceso á la política ultramontana, deben advertir que no tendrán un minuto de vida tranquila, y si lo tienen será que somos impotentes ó que hemos perdido la memoria y la dignidad. (Aplausos.)»

Un año más tarde, en el mitin celebrado en Reus el 13 de Junio de 1912, dijo Melquiades Alvarez:

«D: modo que yo no quiero engañar al pueblo. El partido reformista es partido de orden, partido de conservación, partido de progreso. Frente á la Monarquía, el partido reformista es un partido franca y enérgicamente revolucionario. (Aplausos.) No podemos ser otra cosa, correligionarios; nos lo veda la Constitución política del régimen que comparte, por una ficción ecléctica del doctrinarismo, la soberanía entre las Cortes y el rey, dándose además el espectáculo de que las Cortes no son la fiel expresión del país, porque además de la corrupción del sufragio, alentada constantemente por el Poder público, secuestrador de la voluntad nacional, nos encontramos con una Alta Cámara cuya constitución anacrónica pone dificultades insuperables al triunfo de las aspiraciones populares. ¡Cómo que el veto del rey prevalece siempre sobre los designios de la nación!

Y si á esto agregamos que la Monarquía, por una especie de levadura morbosa, permanece petrificada en la ignorancia y en la intransigencia, cual si quisiera demostrar con su conducta que hay algo en la vida que se escapa á la ley

eterna de la evolución, comp renderéis que los republicanos tienen el deber, el deber sagrado, de poner su fuerza al servicio de la voluntad popular, única manera de que la voluntad popular pueda prevalecer y triunfar. (Muy bien.)

Por eso digo yo que la revolución frente al Régimen es una revolución justa. Ante las desventuras de la Patria me atrevería á decir que era una revolución necesaria y urgente. ¡Urgente y necesaria! ¿Quién lo duda?

Yo no he de hablar del pasado: yo no quiero referirme á las pérdidas territoriales, á los 200 millones de pesetas consumidos estérilmente en la guerra, á los 100.000 hombres muertos en los mangales de Cuba, habiendo lanzado al Ejército, al que por salvar los intereses de la Monarquía se le obligó á que capitulase ante el enemigo mucho antes de ser vencido; no, aquello simboliza la gran catástrofe del Régimen: pero á la catástrofe van unidas la cobardía de un pueblo que no supo rebelarse contra el ultraje y la excesiva mansedumbre de los elementos militares que por acatamiento á la disciplina... (Los aplausos ahogan la voz del orador.)

Tenemos que ser, tenéis que ser, seremos todos revolucionarios frente al Régimen.

(Una voz: ¡Viva la revolución!)

Dejaos de vivas. Quienes los pregonan suelen ser aquellos que regatean la vida en el momento del sacrificio. (Aplausos.)»

De "El Socialista"

«D. Melquiades Alvarez ha dicho que los socialistas somos unos fanáticos.

Si el jefe del reformismo no nos tuviera acostumbrados á sorpresas de mayor cuantía, sería cosa de pasmarse ante el calificativo que nos aplica.

¿Fanáticos nosotros? La característica del fanatismo es la intolerancia. ¿Cuándo fuimos los socialistas intolerantes con el Sr. Alvarez? Más de tres años luchamos juntos contra la Monarquía, y en ese tiempo el Sr. Alvarez pudo, con entera libertad, exponer y propagar en los mítines de la Conjunción su republicanismo conservador. Jamás fuimos un obstáculo para la difusión de sus ideas, que tan distantes están de las que nosotros profesamos.

Retamos al Sr. Alvarez á que nos cite un solo caso que contradiga nuestro aserto.

O yes que el Sr. Alvarez considera que incurrimos en intolerancia al aplicar á su conducta el vocablo que le corresponde!

El Sr. Alvarez, en su propaganda conjuncionista, ha combatido con dureza, por nadie superada, á la Monarquía; ha demostrado que ella es la culpable de los males que España padece, y que mientras ese régimen subsista esos males no podrán tener remedio. Los textos que hemos reproducido estos días pasados en las columnas de *El Socialista* corroboran la certeza de nuestras palabras. Esos severos juicios sobre la Monarquía los formuló el Sr. Alvarez espontáneamente; nadie le exigió que hablara en esa forma para entrar en la Conjunción.

Después, el Sr. Alvarez, de pronto, sin causa alguna que lo justifique, de feroz enemigo del régimen se ha convertido en no menos feroz defensor del trono de don Alfonso de Borbón.—¡Borbón! ¡Cuántas frases altisonantes hizo el Sr. Alvarez á propósito de este apellidado!—¿Cómo calificar al que de tal modo falta á la fe jurada al pueblo? En castellano, al que procede así, se le llama traidor.

Y nosotros nos hemos visto en la necesidad de adjudicar al Sr. Alvarez ese adjetivo, no por denigrarle, ni mucho menos injuriarle—jamás figuró la injuria en nuestros arsenales de combate—, sino porque el habla castellana no tiene palabra que exprese con más exactitud lo que el señor Alvarez ha hecho.

¿Es en esto donde el jefe de los reformistas encuentra nuestro fanatismo? ¿Qué le vamos á hacer!

Si el llamar al vino vino y al pan pan es fanatismo, somos fanáticos.

Fanáticos de la verdad.

Ha afirmado el Sr. Alvarez que él desea gobernar con las izquierdas, que necesita nuestro concurso para la realización de su política.

Nosotros, al leer estas palabras, preguntamos al Sr. Alvarez: ¿Qué crédito podemos prestar á quien acaba de engañarnos, á quien rompió los compromisos que le unían á nosotros cometiendo una deslealtad?

Poco más de un año hace que en Reus decía el Sr. Alvarez al pueblo: «No puede haber, no debe haber ningún republicano que no sea sinceramente revolucionario. La política de evolución ha fracasado; la política de la revolución es la única que puede salvarnos».

Hoy D. Melquiades Alvarez dice todo lo contrario. Proclama la disolución del republicanismo y propone que reconozca el régimen, del que aseguraba en 1912, cuatro meses antes de que la bala de Pardiña privara de la vida á D. José Canalejas, que no había que esperar nada de él, porque era incapaz de saturarse del nuevo espíritu transformador que impulsa á los pueblos modernos.

En presencia de tales hechos, ¿cómo creer que el Sr. Alvarez hablaba ayer con sinceridad cuando ofrecía actuar en consonancia con las aspiraciones de las izquierdas, cuando ofrecía practicar un intervencionismo favorable á las clases trabajadoras? No; nosotros, después de lo ocurrido, no podemos creer en la sinceridad de las palabras del Sr. Alvarez.

El que se ha conducido en la forma que el Sr. Alvarez no tiene derecho á que se crea en su sinceridad. Sus malos actos no pueden borrarse con ofrecimientos.»

Después de leer esto, puede D. Melquiades ir á Palacio á decir á D. Alfonso que dispone de la masa obrera y que lleva en sus manos la llave de la Casa del Pueblo. Y siga la farsa.

Vadillo y el Vaticano

Ha sido nombrado ministro de Gracia Justicia el marqués de Vadillo.

Este nombramiento de jefe civil del culto y clero de la Nación, da oportunidad á un suceso poco conocido.

Hace algunos años publicó un libro con un Prólogo del marqués de Vadillo,

el cual libro y prólogo fueron condenados por la Congregación Romana sin excepción.

No se ha publicado noticia alguna de que el autor del Prólogo haya abjurado los errores condenados por el Papa.

Será de ver la cara que ponga el Nuncio en sus visitas al Ministro, el uno como representante del Papa que le condenó, y el otro como condenado.

Lección dura

¡Oh, qué momento tan propicio este para haber traído la República, si no hubiera habido y hubiese aún entre nosotros, á pesar de haberse ido Melquiades á la Monarquía, tanto charlatán sublime, tanto vividor enmascarado, tanto ambiciosillo necio, todos coreados y seguidos y aplaudidos por multitudes de hombres de buena fe que les sirven, ora de escalera para subir, ora de puntales para sostenerse, ya de escudo para resguardarse!

Deshechos el partido liberal y el conservador; odiándose los del mismo bando con más intensidad que odian á los del bando contrario; la nación protestando contra esa aniquiladora é injustificada guerra de Marruecos; en puerta la bancarrota y los conservadores nuevamente en el poder, ¿qué ocasión mejor para haber hecho lo que tantas veces hemos ofrecido?

¿Pero qué hablamos de hacer, si estamos peor que ellos todavía, en todo y por todo y para todo?

Tremenda responsabilidad alcanza á los que á tal situación nos han traído.

Pero no teman: nadie se la exigirá. ¡El Pueblo republicano es tan bueno, tan docil, tan cándido y tan fácil de engañar!...

A los monárquicos

¡No os aflijáis porque Maura se haya ido! Os queda Alvarez. Donde una puerta se cierra...

Hasta el día que sea llamado al poder, forzoso os será resignaros á ver cubierto de nubes negras el horizonte de la Monarquía. ¿Pero qué importan las nubes sabiendo que detrás brilla un sol esplendente que las romperá al cabo?

¿Qué consolador es para los hombres que tienen fe en un ideal verlo encarnado en un hombre como Melquiades, mixto de Profeta y Mesías!

Que es profeta, ya lo habéis visto: dijo que los conservadores no volverían nunca al poder, y efectivamente, no han vuelto hasta ayer.

Y de que es Mesías, ya os ha dado algún indicio, redimiéndose á sí propio de la esclavitud de la consecuencia y del peso abrumador de sus compromisos con la República.

No os preocupéis, repito, por la ida de Maura.

Al inutilizarse un apóstata del Libe-

ralismo, os llega como llovido del cielo un apóstata de la República.

La Providencia vela por vosotros.

LUSITANAS

El ex-palacio real de Cintra

Que los reyes de Portugal eran tan imbéciles para el gobierno de la nación como vivos en apoderarse de lo mejor de su feudo para entretener y desbordar su sensualidad, dicen por la una parte el desahucio de la Monarquía, y por la otra este cercado de Cintra, que es para Lisboa lo que para Barcelona el Tibidabo y lo que para París el Saint-Germain en Lafayette, diez veces mejorados.

El *Eden de Lord Byron* lo llaman; y no es portuguesa.

Sobre las cumbres de los montículos yérguense los palacios: sobre los palacios la corona: sobre la corona, la cruz de Cristo, que huyó con razón del tétrico Calvario y vino á posarse en este nido de Venus, diciéndose como San Pedro:

«¡Mejor estamos aquí!»

La Iglesia y la Monarquía, representada aquélla por los monjes, y ésta por los soberanos, dijeron á su vez:

«Hagamos aquí tres tabernáculos: una ermitilla para Dios, un monasterio para los frailes y un palacio para los reyes.» Y así lo hicieron. Y así vivieron encantados festejándose unos á otros y unos á otros acariciándose y mimándose, los santos, los frailes y los reyes, encantados de sí mismos, en éxtasis paradisiaco, entre trinos de pájaros, salmos de iglesia y risas de cortesanas, alejados del valle de lágrimas de la tierra, sin guardar con el linaje de Adán más lazo que el cobro de los tributos, la extracción de las doncellas y el hurto de los mejores frutos, que los indignos pecadores subían á cuevas á los excelsos moradores de las alturas.

Y el éxtasis habría durado una eternidad en aquel eden inefable donde los príncipes tenían mujeres para pecar y sacerdotes para absolver, y entrambos un ejército de empleados que abajo, en la nación, se vestían de toga y bonete haciendo tribunales; ó de capa y espada haciendo de esbirros y verdugos, para mantener el sacrosanto derecho de aquella trinidad apremia, de vivir del mundo fuera del mundo, de vivir de la humanidad fuera de la humanidad, superiores á la ley, exentos de deberes y sin más obligaciones que la de atestiguar á Dios con incenso, ensordecen su justicia con Kyries y Misereres, y aplacar su venganza irritable devorando el cuerpo místico de Cristo su unigénito.

Eliz religión, la que ofrecía á los dichos el sangre del pueblo para nutrirse, y la de Dios para sazonalá!

Mientras elevaban á Dios alabanzas y acciones de gracias, arrojaban al valle humano las heces de sus excrementos

las agnas de sus cloacas, las órdenes de sus caprichos y las iras de sus adversidades.

Tal era la monarquía católica en Portugal.

Tal era este paraíso cerrado á los hombres por la espada del centinela.

El palacio de Cintra es en Portugal en miniatura. Schiller y Goethe llenarían volúmenes transcribiendo á páginas inefables lo que habían árboles y veredas, cuevas y arroyos, salones y claustros.

La filosofía como el arte pueden caminar por este museo de la humana historia.

Nosotros, como devotos, vamos á lo nuestro.

En el lugar ordinariamente dedicado á cuadras y caballerizas, está la capilla para la servidumbre.

Es una capilla en la cual todo es servil, todo tiene aspecto de lacayos y guardaespaldas: altares, ornamentos é imágenes. La casulla hace el efecto de librea del capellán de S. M.; como el crucifijo y como el sagrario. Para hostias debieron usarse los desperdicios de los hostiarios, como para capellán debió echarse mano del más imbécil é inútil de los de la casa. Que aún en las hostias debieron elegirse las más limpias para la mesa de comunión de sus altezas, utilizando las sobras para nutrición de monteros, caballeros, cocheros y lavanderas. ¡En todo hay clases! Que si bien la sangre de Cristo tiene el mismo sabor para el alma, para el paladar es muy distinto el vino de misa del Papa ó el del cura lugareño.

Encima de esta capilla, estaba la capilla del Rey, de lujo imponderable, atiborrada de bronce, de mármoles y jaspes. Altar de genial estructura, de alabastro, tejido de cuadros á gran relieve primorosamente cincelados: lámparas suntuosas: sillones magníficos; santos endomalgados... todo es cortesano. Del mejor damasco de que se vistieron las altas damas, vistióse la Virgen: de los jubones de los reyes, hicieronse mantos para el nazareno.

Indudablemente: esta es la capilla de la corte. El Cristo, los santos, los capellanes y los monagos, son igualmente pulidos, educados, graciosos y complacientes; todos son atentos y solícitos como camareros.

Todos están fabricados por el molde de la etiqueta. El escultor que modeló los santos y el capellán que dice la misa y el fraile que confiesa y el músico que canta, todos á la una, tienen el mismo pensamiento: buscar el gesto más grato á los soberanos.

¡Que también Dios y sus ministros prefieren el confort de la Corte, á la miseria del cortijo.

Después de asistir al sacrificio de la misa, reproducción del calvario austero y del Getsemani angustioso de un Cristo en cuyo nombre el rey reina y todos cobran, el monarca pasa á una cámara re-

servada, cerrada á la familia, franqueada solamente á los alcabuetes.

—Allí el rey pinta: á los lienzos sobrepuestos á las paredes va trasportando su alma, sus anhelos, sus ansias, sus pensamientos, sus afectos...

Allí están los lienzos sin terminar. Son escenas de erotismo repulsivo: son visiones de sátiro. Mujeres de desnudez insolente, de posiciones lascivas y grotescas, lujuria frenética, delirio de erotómano, que el pincel del soberano está trazando exprimiendo su cerebro, mientras en la catedral y en todas las Iglesias nacionales el clero entona la oración: *pro rege nostro*...

«¡Dios: guárdale incolume para esplendor de la fe y gloria de la Iglesia!»

Y en este diálogo de amoroso contubernio vivieron siglos y siglos Iglesia y Estado, diciéndose:

—Sacerdote; yo te consagro.

—Rey, yo te absuelvo.

Arriba, Dios diciendo al pueblo:

—Estos son mis cristos; quien á ellos ofenda á mí me ofende.

Y abajo, el pueblo gritando:

—¡Dios, Patria y Rey! ¡yo os adoro!

En venganza de este sacrilego concubinato secular, los Congressistas del libre-pensamiento hicimos la visita á aquel palacio encantado.

Los retratos de príncipes y las imágenes de santos se ruborizaban. No resistían la mirada fiscalizadora de la conciencia humana.

Si tenían algo del espíritu de sus originales, su tormento debió ser infinito.

Avezados á ser venerados como ídolos se encontraban por primera vez ante un público de mirada penetrante que les dejaba desnudos de mantos y distraces. La mirada de desdén los contundía.

El desdén lastimoso que inspira un ser humano con facultades para ser hombre pervertido por la familia que hizo de él monstruo y fiera de la humanidad.

Y cruzó por mi mente esta duda:

—La justicia vladicativa queda burlada: el exceso de la maldad impide el castigo adecuado. Sólo en la descendencia es realizable la venganza de los delitos atroces de los ascendientes. ¿Qué serán los hijos y nietos de los que reinaron? ¿Podrá la sociedad convencerles de la deuda contraída y despertar en ellos el sentimiento de la gratitud por la absolución que se les da, ó al contrario, sobrevivirá en ellos el espíritu despótico de sus antepasados solazándose en recordar las tiranías y malliciendo como no desgracia no poder continuarlas? ¿Serán irredimibles?... La humanidad podrá civilizarlos, ó será forzada á exterminarlos como seres dañinos á la especie humana?...

¡.....!

Según iba en estas meditaciones cru-

zando salones y cámaras llenos de historias y de escándalos, de orgías perversas y de tragedias terribles, la mirada fué á posarse en una lápida fosada en la columna de un arco del claustro.

¡Calla!—me dije.— ¡él... también él aquí...—¿Quién es él, para mí?

Mi «éi» ¿quien va á ser sino el increíble Ignacio de Loyola?... ¡También él en Cintra!...

Que había andado por allá y que á aquellos reyes debió la vida él y la secta, cuando en España, en Francia y en Italia los tribunales le preparaban la horca, me lo sabía bien; y aun para seguirle la pista plúgome venir á Lisboa...

Pero en Cintra no esperaba encontrarle, y ¡allí apareció!

No él, precisamente: sino la que los jesuitas suponen haber sido su amada, ó una de sus amadas, esto es, la Reina Catalina, cuando era infanta de Castilla en Tordesillas, é Ignacio era criado de su camarera, la contadora Velazquez.

Hablar, pues, de la Reina Catalina, es hablar de Ignacio; siguióla como la sombra al cuerpo, y aún ahora están siguiéndola los jesuitas tratando de adivinar lo que pudo haber pasado en aquellos amores del clérigo Iñigo López, criado de la camarera, buen cantante y tañedor de flauta y aún de muchas flautas...

Cualquiera jesuita habría pensado lo mismo. Al leer en la lápida «a rainha D.ª Catherina molher de Joao III», haríasele la boca agua, y más ahora, y más en aquel *paraíso perdido* de Cintra...

Como me viesen copiando la inscripción algunos congressistas me interrogaron...

—¿Qué ha de ser?.. Mi Ignacio de Loyola... mi ensueño... mi héroe... mi... lo que querían. Lo que fué para Homero Ulises; para Virgilio, Eneas; para Rabelais, Gargantúa; mi Gil Blas... mi Tartufo, mi Emilio, mi Robinson, mi Rocambole... ¡Ahí lo tenéis!... Como él se emocionaría al topar con esta lápida, así me emocioño yo... Lo que él trataría de adivinar en su adorada... qué pensarla, qué diría, si estaría triste ó alegre, si dormiría ó estaría despierta, las zalemas que le haría, los pipos que le soltaría... eso le preocupó á él y me sigue preocupando á mí...

Porque no debéis olvidar que Portugal fué el castillo fuerte de los jesuitas desde donde se esparramaron por el mundo. Entraron como basureros de las conciencias cortesanas y acabaron por hacer de los reyes sus limpiabotas. Entraron en Portugal desgranando las cuentas del rosario y salieron disparando bombas. Entraron escondidos en las faldas de las camareras, y salieron por las minas largándose con sus millones...

Si: el Jesuitismo tiene su alma puesta en Portugal y en Cintra.

Aquí viven reunidos, aunque lejanos y dispersos: hacia aquí conspiran: hacia acá dirigen sus minas.

El jesuitismo que ahora acude á Alemania como en la otra expulsión; que trata de ligar á Austria, Francia y Espa-

ña contra Portugal, resuelto á todo, á introducir la anarquía, si es preciso, á palearlo todo «á sangre y á fuego», lema de Ignacio... ¡El jesuitismo es enemigo jurado de la República, como antaño lo fué de la dinastía!

Esto dice esta lápida del claustro de Cintra. Las letras que componen los nombres de la reina Catalina, están sombreados por las de Ignacio...

¡Desgraciada suerte la de ser amada por un Oteló!

S. PEY ORDENIX

¡Por fin!

Lerroux ha pronunciado en Barcelona un discurso de tonos revolucionarios, renunciando al final á la jefatura del partido radical.

No se me alcanza la razón que haya tenido para esto, y menos en estos instantes. ¡Había asegurado tantas veces que el único partido republicano bien organizado era el suyo! El dice que lo ha hecho para facilitar la Unión de todos los republicanos, porque *ya no hay partido*.

Tiempo habrá de emitir juicio sobre esta aseveración. Hoy sólo quiero que conste esta afirmación suya, que justifica cuanto yo le he dicho.

«Yo siento que sube de nuevo á mis labios, á mi corazón, á mi inteligencia aquella significación revolucionaria con que tanto luché durante los primeros años de mi vida política. Yo siento el griterío de estos movimientos que han sido siempre como la vanguardia de los partidos, que *vuelve* á llamarme á ella.»

Si ha *vuelto* de nuevo, es que *se había ido*. Esto es claro y no admite interpretaciones.

Recuérdese lo que yo dije á Lerroux en mi artículo *Tristeza é Indignaciones*, y se advertirá que no hice en él más que lamentarme de que hubiera *dejado de ser* lo que era, y excitarle á que *volviera* á serlo *nuevamente*.

Me complace mucho que, aunque tarde, él mismo haya venido á darme la razón.

FELIX JAIME

Republicano consecuente y entusiasta, ha muerto como vivió: honrado.

Era librepensador y murió yendo su cuerpo al cementerio de los hombres que piensan de veras como él pensaba.

Durante su larga vida de trabajador inteligentísimo, la mayor de sus ganancias las puso á disposición de la instrucción laica, á cuyas escuelas dispensó sus conocimientos y su dinero, sin límites unos y otro.

Merece, pues, Félix Jaime que honren su memoria todos los republicanos y que se fijen, para hacer cada uno lo que pueda, en esta hermosa y sentida crónica que le ha dedicado Joaquín Dicenta en *El Liberal*.

Gotas amargas

Pues sí; ayer enterramos á Félix Jaime, al viejo federal, al amigo franco y generoso, en el cementerio civil del Este.

El coche fúnebre, modestísimo coche, arrastrado por dos pencos fúnebres también, arrancó despaciosamente bajo la lluvia. Seguían al muerto sobre sus cuarenta personas; seguro es que á las cincuenta no llegaban.

Entre estas personas había tres ó cuatro con representación dentro del republicanismo. El resto era «masa», vamos, gente de chaqueta y de gorra, infelices de esos que dan siempre el voto por la idea, y quizás, quizás—no lo afirmo—, darán, si se la pidiesen, la piel.

Yo esperaba más gente. Con que hubieran asistido al entierro cuantos republicanos recibieron favores de Jaime, cuando éste vivía y tenía duros en el bolsillo, hubiera sido el cortejo muy considerable.

Cierto que ayer la humedad se le entraba á uno hasta los huesos y el agua de las nubes no cesaba de caer. Ello explica y casi justifica las faltas de asistencia.

Después de todo, ¿qué más da? Para el último viaje no hace falta gran compañía. Cuanto menos gente, mejor. Así se ahorran ceremonias ridículas y es más rápida la faena de los enterradores.

De este modo, sin ceremonias ni retardos, se dió sepultura á Félix Jaime. Allí, en el cementerio civil del Este, fiel á sus creencias, quedó el viejo federal, de melenas y corazón románticos.

Quede en paz.

Ojalá como él quedaran los suyos, los que ni para llorarle habían tiempo libre. Apremios urgentes de la vida forzábanles á partir su llanto y sus angustias entre la desventura de hoy y la miseria de mañana.

De ahí esta crónica, que mejor es un memorial dirigido á las buenas almas.

En un modestísimo cuarto de la calle de Hermosilla queda una familia sin amparo, falta por completo de recursos, bajo la amenaza de un casero que, según mis noticias, ha dicho á esa familia: «Por consideración al difunto detengo veinticuatro horas el deshucio; pero en cuanto el difunto salga para el Este, saldrán para el arroyo los muebles y la familia del difunto.»

Esto de guardar consideraciones á un muerto, que no las necesita, y de negárselas á los vivos, es de una ironía estúpida.

Pero, aun admirándola por su cruel originalidad, me parece á mí necesario buscar forma de que la ironía quede en dicho, de que no se traduzca en hechos; de que mañana, mientras descansan los huesos del muerto, no arden los muebles del muerto dando tumbos por una escalera y los vivos del muerto desfilando por esas calles en busca de hogar limosnero, bajo el cielo gris, entre el gotear de la lluvia.

En quienes presenciámos el espectáculo ofrecido por aquella familia, huérfana del todo, surgió espontánea, más abundante en voluntades, que en recursos, la idea de una suscripción que remedie las urgencias de los desamparados.

De esperar es que todos aquellos republicanos, más ó menos conspicuos, que ayer, por miedo á las gotas de lluvia que se desprendían de las nubes, no acompañaron el cadáver de Félix Jaime, acudan al socorro de su familia y endulcen las gotas amargas que trae el dolor presente á sus ojos y la miseria próxima cristaliza en sus párpados.

JOAQUÍN DICENTA

Negocio redondo

Con motivo de la inauguración de las escuelas del ave-maria, la grey clerical ha repartido unas hojitas-programas, en las que se lee el siguiente «Aviso importante». —Estas escuelas tienen cuenta corriente con el Banco de la Providencia divina. Los que deseen *girar al Cielo* por nuestra mediación, pueden enviar alguna limosna, con la seguridad de que ha de producirles el 100 por 1 en esta vida y sin número para la otra.»

Aún nos tiembla el cuerpo de susto pensando los anatemas de impiedad que habrían caído sobre nuestra pobre alma, que no ha hecho ningún giro al cielo, si llegamos á ser nosotros los autores de las herejías de este endemoniado aviso. ¡Qué sátira más tremenda! Lo más chocante es que esto lo hayan escrito sacerdotes. ¡Válganos Cristo en qué ha parado la religión!

Bien decía Serrano Clavero que el altar de sacrificio se ha convertido en mostrador de comercio.

Cualquier día nos encontramos en los papeles católicos avisos parecidos al de ahora, como éste: «Parcelas celestiales á precios económicos.—Informes en la sacristía.»

¡Nada, católicos; un negocio redondo! El 100 por 1 en esta vida y sin número para la otra. No creemos que ningún creyente siga empleando el dinero al 4 por 100 en papel del Estado, ó al 6 ó al 8 en industrias ocasionadas á quebrantos ó riesgos. Ahí es nada. El 100 por 1 en esta vida y sin número para la otra, garantido por la religión.

El católico que no pone todo su capital en este negocio es... que está tan enterado del secreto como nosotros, y no le llega la f: á la caja de caudales.

Si los católicos se quitaran la careta resultaría que todos estamos al cabo de la calle, como vulgarmente se dice.

Pero no se la quitan; ¿qué hemos de hacer? Ruede el mundo, siga la farsa.

AL ALCANCE DE TODOS
LA RELIGION
Una peseta.

EL MOTIN



!Tooo... do... se vende!

Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

Suma anterior.....	5768'48
José Manzano Díaz (Sevilla)..	2'00
Juan J. Fernández (Navia)....	19'25
Antonio Serrano (Milaga)...	1'00
Un admirador de Nakens (Pto. Sta. María).....	0'50
Sociedad Libre-pensamiento (Madrid).....	10'00
Juan Puerta (San Francisco de California).....	2'50
Martín Anden Pelaez (Almon-te).....	0'50
Suma y sigue.....	5804'23

Los buenos libros

Los clericales no pueden digerir las nuevas bibliotecas circulantes. Ellos que contemplan impasibles los muchos millones que derrocha el Estado en los ritos y culto de una religión que sólo es oficial en la *Gaceta*, han puesto el grito en el cielo porque en estas bibliotecas se han gastado 122.500 pesetas, que hoy en día se embolsa cualquier obispillo de cuarta clase. Empezaron por atacar duramente á Altamira, logrando su caída, y ahora desacreditan con todas sus fuerzas los libros adquiridos por sectarios, ímpios, y escritos por autores que en su mayoría figuran en el *Índice*.

La Iglesia no ha metido cucharada en el catálogo de esos libros, ni ha sido consultada para la adquisición de obras, perdiendo una magnífica ocasión de colocar los saldos de las librerías religiosas del Amo, Gilli, Subirana, Plá, sucesores del P. Claret, y demás editores pontificios.

«En la Biblioteca para niños—gritan—de 224 obras que componen el catálogo, 162 son novelas, género literario cuya lectura no se facilita en el extranjero.» Es claro: no hay más novelas aceptables que las del P. Coloma, las del cardenal Wisniam, y las de la biblioteca *Patria*: todo lo demás es una porquería. Y si no ahí están los nombres de novelistas que figuran en este catálogo, y que lo demuestran, como Dumas, Hugo, Sand, Poe, Tolstoy y Saint Plerre.

Y añaden: «La Biblioteca para maestros y que pueden utilizar además los adultos es de la mayor virulencia y en cantidad sobrada para inocular y saturar á todos. Citemos algunos ejemplos.

«*Literatura*.—De Diderot, Rousseau, Voltaire, Balzac, Proudhon, Poe, Quinet, Herculano, Soulié, y todos los «Episodios Nacionales» de Pérez Galdós, que suman 46 volúmenes.

«*Geografía*.—«La novísima Geografía Universal» del anarquista Reclús, traducida y prologada por Blasco Ibáñez, y que publica *La Sociedad Editorial Española*.

«*Historia Universal*.—Ni nn solo autor

español, pero entre los extranjeros el judío Reinach.

«*Historia de España*.—Todo fragmentario, casi nada de historiógrafos serios españoles, pero por de contado á Hume.

«*Ciencias*.—Lo principal de la pseudo ciencia transformista, desacreditada é im-pia.—Huxley, «Introducción al estudio de las ciencias»; Lamarck, «Fisiología zoológica»; Darwin, «El origen de las especies» y «El origen del hombre»; Heckel, «Historia de la creación y Psicología celular»; Odón de Buen, «Historia Natural».

«*Pedagogía*.—Toda la cosecha de la Institución libre de enseñanza y sus afines; y D. Andrés Manjón como si no existiera.

«*Sociología*.—Del luterano Harnak, «La esencia del cristianismo»; del determinista Dorado, «Nuevos derroteros penales»; del sectario Sergi detractor de la raza latina, «La evolución individual y social»; del socialista revolucionario Jaurés, «La acción socialista»...

«*Filosofía*.—De Schwgler, «Historia general de la Filosofía»; y bajo el epígrafe «Biblioteca económica filosófica», dirigida por D. Antonio Zozaya, 71 volúmenes, sin nombrar autores ni obras que nosotros conocemos, y entre las cuales se comprenden, al lado de algunas de la antigüedad clásica y de Vives y Fenelón, de una «Teodicea» de Santo Tomás, traducida por Julián de Vargas (¡), del «Kempis» como señuelo para incautos, todas las manifestaciones del pensamiento moderno escéptico, sensualista, racionalista, panteísta, materialista, positivista, revolucionario y ateo. De Maquiavelo. «El príncipe»; de Diderot, «Obras filosóficas»; de Rousseau, «El pacto social»; de Lamennais, «El libro del pueblo» y «El eco de las cárceles»; de Condillac, «La lógica»; de Descartes, «El discurso del método» y «Meditaciones metafísicas»; de Spinoza, «Tratado teológico político»; de Fichte, «Doctrina de la ciencia»; de Schelling, «Del principio divino y natural de las cosas»; de Hegel «La lógica»; de Krause, «Ideal de la humanidad»; de Sanz del Río, «Idealismo absoluto»; de Compté, «Catecismo positivista»; de Hartman, «La religión del porvenir»; de Schopenhauer, «Panerga y para ipomena», de Voltaire, «Cándido ó el optimismo»; de D'Alambert, «Destrucción de los jesuitas»...

Basta. ¿Se puede esto tolerar? ¿Se debe consentir?»

No, de ningún modo. Hay que rectificar este catálogo del modo siguiente:

«*Literatura*.—Obras del P. Coloma, del P. Blanco, agustino, y las de Coll y Vehi.

«*Geografía*.—La que usan los escolapios y maristas.

«*Historia*.—Un compendio de César Cantú y la de España del P. Mariana.

«*Ciencias*.—La *Suma* de Santo Tomás.

«*Pedagogía*.—La que se usa en las escuelas del *Ave-María* de Granada.

«*Sociología*.—La que predicaba el padre Vicent, ¡suelta.

«*Filosofía*.—La del P. Ceferino, O t y Lara y algunos fragmentos de Balmes. Y sobre todo mucho *Año Cristiano*, *Llave de oro* del P. Claret, *Glorias de María*, *Catecismo de Mazo*, y *Meditaciones*, del P. La Puente.

Y para mayor seguridad de los frutos que libros tan excelsos hablan de producir, resurgimiento de la previa censura literaria encomendada al P. Montaña que

dejarla en mantillas al famoso P. Victoria de antaño, y revisor de la Prensa al P. Duero, y Director de la Biblioteca Nacional al P. Muñios. ¡Menuda sería la biblioteca circulante que formarían los neos!

En cinco años, todos con albarda.

FRAY GERUNDIO

¡Bárbaros al frente!

Juana Martín, vecina del pueblo de Labajos (Segovia), falleció días pasados y las autoridades locales no consintieron que el cadáver fuese enterrado en el cementerio de la localidad, á pretexto de que Juana estaba casada civilmente y no observaba las prácticas de la religión católica.

La inhumación se verificó en un barranco de la Cruz de Colate y á metro y medio de distancia de la jurisdicción municipal de Labajos.

He ahí un peligro á que no están expuestas las amas ni las sobrinas de cura, por que ninguna peca civilmente. Eclesiásticamente, puede que acaso alguna que otra. Aunque tampoco. Todavía no se ha dado un caso.

Por eso van todas al cementerio católico.

Y con palma, para mayor ironía.

LA DESPOBLACIÓN EN ALEMANIA

No es solamente Francia el país donde la disminución de nacimientos preocupa á la opinión pública. En Alemania se va acentuando análogo decrecimiento.

El profesor von Gruber ha pronunciado en Aix la Chapelle, con motivo de la Asamblea para el desarrollo de la higiene, un discurso interesante sobre este asunto.

Según el orador, la proporción de nacimientos, que ascendía el año 1876 á 226 por 10.000 personas, ha descendido en 1911 á 113 por 10.000.

La baja principal de nacimientos se registra en Sajonia, país donde antes alcanzaban la mayor proporción de toda Alemania. Desde el año 1876 la cifra de nacimientos ha descendido en 40 por 100.

En el campo, la baja sigue á la de las ciudades y es más importante en los distritos protestantes que en los católicos, así como también resulta la baja mayor en las circunscripciones que eligen diputados socialistas.

Según datos oficiales, en 1903 nacieron en Sajonia 148.852 niños vivos y en 1910 los nacimientos sólo fueron de 130.100, que representa una disminución de 12.06 por 100, aun cuando la población total es bastante superior á la de 1903.

En Berlín, de 1876 á 1912 la cifra de nacimientos ha descendido de 149 á 73 por 10.000 y la baja es aún mayor en Charlottenburgo y Schoeneberg, resultando en estas tres ciudades la natalidad

actual insuficiente para mantener la cifra de población.

Según el profesor von Gruber esta baja de nacimientos obedece á que las clases populares comienzan á seguir en Alemania el ejemplo de las clases ricas.

También intervienen en alguna proporción las enfermedades y el alcoholismo.

Este ejemplo de las clases directoras origina las protestas del profesor von Gruber, quien recuerda que Alemania tiene ahora, más que nunca, necesidad de hombres. La falta de hombres—dice—fué la causa de la decadencia romana.

El citado profesor ve una causa del decrecimiento de natalidad en la desaparición de la industria familiar. Los hijos se convierten hoy muy pronto en trabajadores independientes que abandonan la familia para crearse una nueva.

Antes se felicitaba á los padres de familia numerosa diciéndoles que su ancianidad estaba asegurada. Hoy, gracias á los retiros obreros, los hijos están dispuestos de llevar á la familia los auxilios que sólo de ellos se esperaban antes.

El temor á la maternidad, temor injustificado, según demuestra la ciencia médica, influye también en la baja de natalidad.

En cuanto á las condiciones económicas—dice el profesor von Gruber—son evidentemente más favorables que nunca. Jamás las familias obreras han tenido mejor suerte. Es verdad que cuidan ahora de hacer elevarse á sus hijos un escalón más en la escala social.

Considera que la decadencia económica es una consecuencia de la despoblación, porque la cifra de productores y de consumidores disminuye.

Si la población sigue estacionaria—dice—los albañiles no tendrán casas que construir. En la competencia mundial, una nación que se despuebla debe ser vencida.

Una nación, según el profesor von Gruber, no puede vivir de sus rentas y aun los mismos franceses no podrán acomodarse á este régimen sino en tanto que los demás pueblos estén dispuestos á trabajar para ellos y á pagarles sus intereses.

Además, en Francia se observa ya un paro inquietante en el desarrollo de la industria y de la agricultura.

La solución de este problema de la despoblación en Alemania sólo podrá obtenerse, según el profesor citado, mediante la concesión de grandes ventajas á las familias numerosas.

G. DE NEVERS

MONARQUIAS Y REPUBLICAS

FRANCIA, ESPAÑA, PORTUGAL

En el número anterior publicamos el vigoroso artículo de Leopoldo Romeo, replicando á los que rectificaron un telegrama suyo de gravedad extraordina-

ria, en el cual se atribuye al viaje de Poincaré ciertos tratos y pactos en los cuales se habla de la posible intervención de Europa en Portugal para reponer la monarquía, y de «relaciones amistosas entre la dinastía gobernante en España, con miras perjudiciales á los intereses de los republicanos españoles.»

Lo de la intervención en Portugal, será lo que tase un sastré. Es muy posible que los zorros europeos, después de estar mirando la hermosura de las colonias portuguesas, acaben por decir: «están verdes...»

Y aún es posible que las alianzas con que se pretende hacer imposible la vida tranquila de la joven república, produzcan efectos contrarios para sus directores y especuladores; pues si el Vaticano tiene agentes en Portugal, fuera de allí los tiene la Democracia que acaba de deshacer en las calles de Roma una mojiganga católica, advirtiéndole á aquel soberano sin territorio que todo tiene su fin en este misero mundo, hasta las diabluras pontificias.

Por lo pronto, mal ejemplo está dando el jesuitismo en Portugal con los procedimientos revolucionarios adoptados, que dejan tamaños y en la categoría de niños de teta á los catalanes de 1909.

Si son lícitos para derribar una forma de gobierno el uso del automóvil dinamitero, ¿cómo no serán lícitos para los hijos del Diablo que no están sujetos á la ley de Dios?

No será porque Cristo viniese á traer á su Iglesia el monopolio del crimen, usurpando su fuero al Diablo; y si así no fué, el ejemplo que se está dando en Portugal por los dinastas clericales, tiene el peligro de contagiar á otros pueblos en donde los gobiernos no son menos odiados por sus enemigos.

Si realmente hay en Europa naciones que sueñan con la intervención en Portugal, será inevitable sospechar que el que apetece el fin, busca los medios; y siendo las agitaciones el medio para cohonestar la intervención, la policía portuguesa seguramente buscará en esos pactos la posibilidad de relación con los movimientos anárquicos que allá estallen.

Para los españoles, tienen estos pactos de que se habla un interés múltiple, á saber:

Una algarada en Portugal en perspectiva.

Una nueva abdicación del Estado en favor del clericalismo.

Y la amenaza sostenida contra los republicanos españoles.

¿Cómo la prensa republicana no ha tomado nota de este contenido?

Reuniendo en breve juicio todo cuanto se ha dicho aquende y allende los Pirineos acerca de estos tratos, viene á resultar que lo ocurrido parece ser una nueva *Santa Liga* entre el Vaticano, Poincaré y la Dinastía española, todo en favor del Vaticano, que está revolviendo las aguas de la política internacional para ir pescando sus provechos.

Y en tal caso, Poincaré no habría ve-

nido á España como representante de Francia: sino como jefe del jesuitismo republicano francés, á comprometer la Dinastía española en favor del Vaticano.

Sin duda, la Francia radical *reprobaba y condena*, por boca de uno de sus más prestigiosos gobernantes, Clemenceau, las tendencias clericales infiltradas en la república. Periódicos como *L'Européen* han hablado seriamente sobre ello y contra las orientaciones de Poincaré.

En cambio, en España, los radicales y anticlericales han guardado silencio.

Este silencio es para nosotros lo más grave. La materia que se dice objeto del viaje y tratos de Poincaré son de la mayor gravedad.

¿Qué piensan de ellos los liberales españoles?

La cosa es tanto más grave, cuanto que en la política internacional la corona y sus ministros han declarado su propósito de no proceder sin contar con el parecer de los jefes de todos los partidos. Con este motivo se explicó cierta famosa visita de Canalejas al Sr. Lerroux, y esto se confirma con las llamadas á Azcárate y otros conspicuos, y con su presentación á Poincaré.

A tales jefes, pues, procede que se dirija el pueblo, interrogándoles qué hay en los sótanos de esos visajes.

Porque sería donoso que los jefes republicanos españoles apoyasen y firmasen los pactos denunciados por Romeo, y sería cosa de retrasar de las masas tan borreguilmente llevadas al matadero por sus rabadanes.

En resumen: ¿es que el viaje de Poincaré fué para ensayar en España *La Marsellesa* con letra del *Tantum Ergo*?

Perspectiva nacional

Buen Dato: la Gobernación en *Guerra*; la guerra en un *Serrallo*; la Justicia en *Vadiilo*; la marina en Miranda; el fomento en un delator...

Así comenzaremos la historia de España.

El P. Miguel Mir

y

SAN IGNACIO DE LOYOLA
Estudio histórico-crítico
de S. Pey Ordeix.
Un tomo de 206 páginas
UNA peseta.

Dios ante el sentido común

Por el cura Juan Meslier
Precio: UNA PESETA

La celda núm. 7

Precio: DOS pesetas

ARTÍCULOS FIAMBRES

Las peregrinaciones

Antes las hacían los fieles á pie, descalzos algunos, con el hato á costillas, comiendo poco, bebiendo menos, durmiendo en el suelo y plagados de piojos...

Hoy las hacen en ferrocarril, bien vestidos, bien comidos, bien bebidos, bien calzados, recreándose en la contemplación de paisajes hermosos, visitando monumentos, y retornando, ellos contentísimos, y ellas al igual que Mesalina, cansadas, más no hartas.

¿Cabe comparar unas peregrinaciones con otras? No. Lo que en aquellas era mortificación, penitencia, es en éstas placer, higiene.

Y he pensado en esto, al leer que los propagandistas ropublicanos se sacrifican abandonando las comodidades de su hogar, y que es lástima que no se multiplicaran los que tal hacen, añadiendo quien lo dice:

«Los que no se han consagrado nunca á esta clase de labores, no saben el sacrificio que imponen á las personas y á los partidos.»

Y como esta pulla es para mí, que he tronado contra los mítins á destiempo, la reccojo y digo:

«No le veo la punta al sacrificio de viajar en primera, recibiendo homenajes de los correligionarios en las estaciones del tránsito, y siendo acogidos en el lugar del siniestro con vivas, músicas y agasajos de todas clases.

«Tampoco lo hay en pronunciar un discurso estereotipado ante un público de convencidos, sin otra finalidad que la de galvanizar por un momento entusiasmos que reanudan su sueño al día siguiente.

«No creo tampoco que sea faena penosa la de visitar monumentos artísticos, juerguear en ventorros célebres, alojarse en hoteles magníficos, monopolizando de paso el telégrafo y haciendo gemir las prensas con el relato de lo que se hace, se dice y se piensa...

«El sacrificio (si puede profanarse tal palabra aplicándola á pequeñeces), estaría en abstenerse de apelar á ciertos medios para adquirir renombre ó posición política; en no ir, teniéndolos abiertos, por los senderos que al bienestar conducen; en vencer la tentación de adquirir popularidad halagando las pasiones de la multitud; en resignarse á permanecer abajo, teniendo condiciones para elevarse por lo menos á la altura que alcanzan los osados...

«Pero voy á suponer que yo esté equivocado y que sea efectivamente esa propaganda labor ruda, no igualada ni por la del segador en el campo, el marinero en el buque ni el minero en la mina, y que quienes la ejecutan merezcan bien de la patria hoy y admiración mañana, por abandonar las comodidades de su hogar, que algunos suelen no tener, para realizarla.

«Pues ni aún así me explicarla su sa-

crificio, ni el que los partidos se imponen, y que se les haría insoportable si las abnegaciones personales fuesen tantas que los *propagandistas se multiplicasen*.

«Porque en suma, ¿á qué van? A decir que la monarquía ha arruinado á España y la República la salvaría; que hemos perdido las Colonias y que el clericalismo nos devora; que vamos á la bancarrota y que la revolución está encima.

«Todo esto es verdad, aunque algo añeja, (menos en la última parte) y debe repetirse constantemente. ¿Pero dónde? En las poblaciones pequeñas y ante público hostil; no en las grandes, y ante los correligionarios; admitiendo controversia, no repartiéndose los turnos para evitar que los enemigos intervengan, convirtiendo así el salón en templo y al propagandista en predicador; allí donde haya obstinados que convencer, no creyentes á quien halagar; rebeldes que rendir, no partidarios incondicionales.

«De esta única manera me explicaría que los hombres de autoridad y prestigio (y sólo ellos) hicieran esas correrías, sacrificándose, más sin sacrificar á los partidos. Hay algo sobre el político, y es el hombre.

«Es que yo, por haber opinado que era ridículo salir á discursar quince días antes de la coronación del rey, á la vez que señalada la ineficacia de mítins que sólo dejan el recuerdo de la fuerza de los pulmones ó del ingenio de cada orador, niego que la propaganda sea necesaria? No. Lo que niego es que ese hablar sin tino, sin finalidad y sin unidad, se tome por labor de propaganda.

«Yo no soy enemigo de ella, por más que, á estas alturas, la única propaganda digna de nosotros sería la de callar y obrar. De lo que soy enemigo, es del mítin por el mítin; de que se charle sin propósito determinado é inmediato; de que se distraiga todavía con palabras á un partido que está ansioso de obrar; de que se halaguen esperanzas sin otra base que el buen desec; de que no salgamos, en suma, de lo de siempre.»

Y vamos ahora al cargo concreto que se me hace.

Si yo no he ido nunca á corretear por esos mundos, ha sido, en primer término, porque odio la exhibición personal; en segundo, porque nunca busqué popularidad que pudiera traducir un día en votos para cargo ó representación; en tercero, por no creer que pueda levantarse el espíritu del partido con las generales de la ley; y, para terminar: porque el exceso de trabajo unas veces y la falta de medios para viajar por mi cuenta, y sólo por mi cuenta otras, me han tenido amarrado siempre á la galera turquesa de EL MOTIN. Únicamente me he movido, aunque por corto tiempo, cuando mi intervención en un asunto no podía ser sustituida por otra.

Y me he abstenido además, porque si yo estuviera en una provincia, y tuviese alguna influencia en ella por mi valer ó mi cargo, y se presentarán unos se-

ñores de fuera á decirles indirectamente á los correligionarios que yo no cumplía con mi deber, que descuidaba la propaganda y dejaba aminorarse el espíritu revolucionario hasta el punto de que se habla hecho necesaria su presencia allí, yo tomaría esto á gran ofensa; y, por lo tanto, no he querido nunca inferirla á nadie.

En cambio, me pondría incondicionalmente á sus órdenes y me desviviría por servirlos, si llegaran sin anuncios en la prensa, de incógnito ó poco menos, á eslabonar en silencio la organización revolucionaria, á computar las fuerzas, á demandar recursos...

Conque sigan las pullitas y continuaré hablando.

1902

¡Ay de los vencidos!

¿Indultar á los reos políticos? ¡Horror! Las clases conservadoras, cual bandada de cuervos dispersión, atronarían el espacio con sus graznidos.

Las castas esposas de los honrados agiotistas, las dulces hijas de los bondadosos usureros del Estado, los tERNOS vástagos de los detentadores del Tesoro, trémulos y confusos, gemirían á toda orquesta, si doscientos ó trescientos hombres, unos en extranjero suelo, otros en las cárceles y algunos en presidio, recobrasen su libertad y sus perdidos derechos.

Aquí puede indultarse á los carlistas, rebajarse la pena á los secuestradores, olvidarse todo, desde la apostasía que desmoraliza hasta las debilidades que deshonran; aquí hay Jordán para todas las imperpezas, menos para el delito de ser republicano y sublevarse.

Y esto ocurre en un gobierno que preside Sagasta, el sentenciado á muerte por sublevarse en 1866. Si; un gobierno de esta clase es el que se niega á indultar á los que van muriendo uno á uno en la prisión, silenciosos y altivos, y á los que ven acabarse su vida en extranjero suelo sin meterse á los Borbones que Sagasta anatematizó y con quienes hoy gobierna.

¡Ah! Si hubieran privado del pan á cuarenta mil familias parapetados tras una sociedad de crédito, y ese despojo trajese á sus víctimas la muerte ó la infamia, ó se hubieran enriquecido en empresas que la justicia condena aún cuando leyes de circunstancias las sancionen, aun pudiera hacerse algo por ellos. ¿Pero demócratas.. y revolucionarios?... ¡Imposible! Que se pudran en el presidio ó lejos de la patria.

¿Qué dirían si no las clases conservadoras, á las cuales pertenecen los estafadores afortunados que tienen únicamente la cantidad de honradez indispensable para no ser condenados á cadena perpetua?

¡Nada de indulto, pues, gobierno que vives de indultos de la opinión y de perdones de la justicia!

1885

¡Abajo el gobierno!

Esto no puede continuar; esto no es vivir. Dormirse sobre un volcán en erupción sería menos expuesto que habitar hoy en España.

¿Y es éste el orden y la tranquilidad que se nos prometía? ¿Se garantiza así la propiedad y la vida de los ciudadanos? Caiga sobre este gobierno imprevisor la execración pública y la maldición de la historia.

Dos feroces demagogos, ¡dos nada menos!, en su afán de ver pronto implantada la República, concibieron el plan más horrible que en cerebro de revolucionario cabe, y fué ¡pavor causa decirlo! entender un acta!

Un acta, sí; un acta para que la firmaran ¡perversidad sin ejemplo! todos los republicanos de los pueblos de la provincia de Alicante, comprometiéndose á subvertir el actual orden de cosas y proclamar la república, no se sabe si federal, social, ó simplemente guillotinatora.

¿Vióse nunca conspiración más horrosa, propósito más sanguinario, manera más práctica de tirar la monarquía? No les faltó más para conseguir el triunfo, que haberse hecho acompañar de un notario que diera fe de su plan tenebroso.

Gracias á este descuido (siempre suele tenerlos el crimen) pueden hoy el trono y el altar seguir impertérritos sobre sus bases sólidas.

¿Qué hubiera sido de nosotros si no? Tendríamos ahora que andar en faluchos por las calles para vadear los arroyos de sangre que por ellas correrían; que huir al campo para librarnos del incendio que devoraría por sus cuatro costados las poblaciones; que cegar para no ver pirámides de cabezas por doquier...

¡Oh, qué espectáculo! Sólo al pensar en él se me pone la piel de carne de gallina.

Por aquí las mantecas de una docena de frailes derritiéndose en un gran caldero para ensebar las cuerdas destinadas á izar hasta los faroles á las honradas clases conservadoras por allá una monja, violada por tres generaciones de descamisados, pidiendo á toda prisa al cielo fuerzas para soportar más atropellos.

Acá un niño de coro ensartado en un asador para satisfacer el hambre voraz de feroces caníbales; acullá un cura acollorado con su ama tirando del carro donde iban las alhajas robadas en el templo.

Aristocráticas doncellas que dejaron de serlo aquella noche, danzando obscenamente para divertir á la canalla en los ratos que le dejara libres el degüello y el saqueo, tías del pueblo rociando con petróleo las iglesias y las casas de los ricos...

Y salvajes alaridos, espantosa gritería, ayes de dolor, carcajadas de triunfo, tambores redoblando, campanas repicando y...

Treguas, ¡oh musa del horror!, que ya el aliento me falta y la pluma se me cae de la mano temblorosa, aterrado ante tamaños horrores y crimen tanto, dejándome sólo las fuerzas necesarias para exclamar:

¡Abajo este gobierno bajo cuyo mando han estado á punto esos dos infames demagogos, forrados en lila, de cometer ferocidades tamañas!

1888

Idilio cursi

¡El olvido, la fraternidad! ¡Bellas y hermosas palabras expresadoras de ideas nobles y elevadas! Ensánchase el alma al pronunciarlas.

Desde que las corrientes políticas van por ese lado, siento dentro de mí gozo inefable. ¿Y á quién no le ocurriría lo propio viendo soñar á algunos jefes republicanos con el advenimiento de la República sin trastornos, violencias ni sacudimientos, sino con la majestuosa serenidad que la aurora reemplaza á la noche y el sol á la aurora?

¡Qué espectáculo más grandioso el de contemplar unidos á los perseguidos y á las víctimas de estos últimos años! ¡Pavía en medio de Castelar y Salmerón y del brazo de ambos! ¡Cánovas fraternizando con los amigos de Ferrándiz y Vellés! ¡Sagasta vitoreado por los hijos de los republicanos á quien se jactó de haber lanzado al campo para exterminarlos en 1869! ¡Un fraile comiendo conmigo en Fornos! ¡Los interesees creados en negocios inmorales, amparados por los que en igual período de tiempo vistieron la librea de la pobreza en el tugurio de la consecuencia! ¡Los derechos adquiridos merced á leyes injustas, garantidos y respetados!

Nada de reformas que cortasen de raíz males inveterados; en esto habría que andar con gran pulso y mucho tiento. Suprimiendo la lista civil, debería darse el país por satisfecho; lo demás ya se iría haciendo poco á poco, dentro de veinte ó treinta años, cuando la República hubiera echado raíces.

Con esto y exigir á los leales y consecuentes que continuaran sacrificándose para probar que no eran republicanos por cálculo sino por convicción, la República española sería la envidia de las naciones cultas, y se citaría como modelo en todos los países civilizados. Y ante estas ventajas, ¿qué importaría que el pueblo siguiese en la miseria, la injusticia cundiera y la moralidad no pareciese por parte alguna?

La cuestión era tener República y que los que han explotado y arruinado al país bajo la restauración pudieran seguir haciéndolo, burlándose á sus anchas de los tontos que permanecemos fieles á nuestra bandera en los días de la desgracia, si es que no nos encarcelaban, deportaban ó fusilaban para que no perturbásemos tan poético concierto de olvido y fraternidad.

1886

Los héroes electorales

¡Qué actividad, qué movimiento, cuánta vida en los jefes y sus edecanes durante las elecciones pasadas! A céntimo

que les hubiesen pagado cada cien palabras, serían todos Rotschils á estas fechas.

¿Comer? ¿Dormir? ¿Descansar? Esas necesidades de la vil materia fueron suprimidas por mandato imperativo de la voluntad. ¡Son muy hombres todos, cuando llega la ocasión de batirse! Porque á esto de las elecciones le llaman batirse; así es que han prodigado estos días las palabras lucha, combate, batalla, victoria... ¡Ni en Melilla!

Yo, en tanto que ellos se agitaban, iban y venían, y hablaban, empleando ya la frase enérgica, ya el apóstrofe terrible, incansables, tremebundos, pensaba en lo que engañan las apariencias y me decía:

«¿Quién hubiera sospechado en aquellos que el 19 de Septiembre de 1886 no parecieron por parte alguna estando en el secreto, ni en los que se manifestaron sorprendidos luego, esta cantidad de bríos, este denuedo para tan rudo batallar?»

¡Ah, y cuánto les hubiera agradecido aquel Villacampa y cuantos en la capilla estuvieron con él y luego en presidio, y los que pudieron ganar la frontera, que se manifestaran entonces los jefes la cuarta parte de abnegados, fieles cumplidores de su deber, generosos y bravos!

¿Qué bien les hubiese venido para triunfar primero, no lamentar su abandono después, y aliviar su desgracia más tarde, ver el valor cívico de ahora trocado en valor guerrero entonces, el entusiasmo convertido en fraternidad, el dinero aplicado á remediar escaseces!

Mas, nada; por misterios incomprensibles del corazón humano, ninguno de cuantos se han agitado ahora en las elecciones dió antes la más pequeña muestra de esa energía, ese republicanismo, ese desprendimiento que andando los tiempos hablan de demostrar; antes bien, y dicho sea sin ofenderlos, parecieron cuidadosos de evitar todo riesgo, sin duda por conservar su vida para estos difíciles, peligrosos y decisivos combates electorales, en que todo valor es poco para alcanzar el triunfo y todo heroísmo pequeño al lado de la grandeza del objetivo que se persigue.

Quien ha visto á los jefes y á sus edecanes estos días eclipsando las glorias del andarín Bargosi y convirtiendo los coches en locomotoras, inquietos, febriles, jadeantes, sudorosos, persuadiendo, vociferando, sin dar treguas á la lengua ni vagar á los músculos, no tiene más remedio que exclamar, á menos que en su pecho bulla el odio y en su cerebro anide la injusticia:

«Con hombres así se puede llegar á todas partes...

Menos á la República.»

1893

ALMANAQUE
cómico DEL CARLISMO
para 1914

PRECIO: UNA PESETA.

MI OPINION

Atribúyese á soberbia la actitud de Maura, negándose á formar gabinete con otros hombres que los del último que presidió, y para hacer la misma política.

Yo no opino así. Creo que Maura impuso esas condiciones precisamente para que no lo llamaran.

Como Romanones procuró salir vencido, para sacudirse la pesada carga del poder, tremendamente abrumadora en estos instantes.

Maura tiene demasiado talento para no comprender que sus proposiciones eran inaceptables.

Si hubiera querido realmente gobernar, no habría impuesto ninguna, á reserva de haber hecho luego lo que le hubiera acomodado, ó le hubieran consentido hacer.

La Heterodoxia y la Monarquía

Melquíades Alvarez ha trazado en un discurso desde hace tiempo preparado, las líneas generales del programa que ha de servir de enseña al partido reformista de su caudillaje, que consistirá, al parecer, en tener un pie en la Monarquía y otra fuera de ella, para apoyarse en uno ó en otro según el viento que corra.

En la parte político-religiosa, el jefe reformista se ha proclamado francamente heterodoxo ante la Monarquía que lo escuchaba y ante la nación que le oía.

No es cosa nueva el ver á heterodoxos dentro de la Monarquía. Mejor diríamos, que acaso no haya tenido la restauración un sólo ministro católico. Así cuando menos lo declaran los Papas, que parecen ser los peritos en la materia, al declarar fuera de la ortodoxia católica á quienes no acatan los *Syllabus*. Pero como quiera que tampoco parecen profesar tan extrañas doctrinas los obispos, jesuitas y cardenales romanos, venimos á parar á esto: que si pueden ser obispos católicos los heterodoxos, mejor podrán ser ministros de la nación católica. Sólo que unos y otros, han guardado hasta aquí la heterodoxia para sus adentros, sin exigirles más que la ortodoxia del fariseo. En lo cual, de fijo, nos dan la razón integristas, carlistas y demás católicos de paga, que llaman católicos de pega y de cebro á los otros.

Por esta parte, nada nuevo haría Alvarez.

Hay más. Canalejas y Romanones, en estos últimos tiempos, han entrado en Palacio con la bandera anticlerical: pero declarando una y otra vez, que su anticlericalismo no era anticatolicismo; que eran muy católicos y muy anticlericales, á la moda de Mendizábal, Jovellanos, Azara, Rada y Campomanes; y así Canalejas consagraba la España al Corazón de Jesús y al anticlericalismo, lo cual

vino á componer el desconocido menaje de un anticlericalismo jesuita, ó de un jesuitismo anticlerical; esto es, el anticlericalismo interpretado por los jesuitas y gobernado por el Vaticano, que es lo que desean el Papa y sus directores ignacianos. á cuyas órdenes debe haberse puesto García Prieto, jesuita hasta los tuétanos y jacobino de nuevo cuño.

Pero todos los heterodoxos, hasta aquí, al pasar la tarjeta á Palacio, han tenido que borrar de ella el oficio y título de heterodoxos. Sus servicios han sido aceptados con esta condición, de llevar la fuerza y apoyo material de la heterodoxia de fuera, para servir la ortodoxia de dentro. Y esta es la novedad de Alvarez.

Mejor diríamos, el absurdo *constituido* y *constitucional*. La simple aceptación de su tarjeta con esta profesión, implica ya la reforma de la Constitución del Estado.

Dice esta, que el Estado profesa la religión católica. ¿Quién es el Estado, sino la Monarquía y sus ministros y empleados?

Por este artículo quedan excluidos de los oficios públicos los heterodoxos; y tan pronto como fuese ministro ó poder Melquíades Alvarez, el Estado dejaba de ser *católico* en aquella parte en que Alvarez sería heterodoxo.

Teniendo en cuenta estos hechos, nos preguntamos: la aspiración de Alvarez de ser gobierno en la Monarquía católica ¿es una utopía?

El día que se celebre su matrimonio ante el trono concordado con la Iglesia, ¿será llevado Melquíades al pie del altar á abjurar de su heterodoxia, ó será el trono el que saldrá del altar, disolviendo su matrimonio con la Iglesia?

He aquí cómo el discurso Alvarez plantea un problema político-religioso nuevo, que se ve resuelto de antemano.

El rey católico que gobierna *por la gracia de Dios*, como católico está obligado á rendir cuenta de sus actos al padre confesor y éste, siendo jesuita, necesita informarse del Papa y de su Orden.

¿Aprobarán la concesión del gobierno á un heterodoxo?

Todo puede ocurrir. El Papa tiene más asco á un integrista, que á un luterano.

El político luterano le dice al Papa: — Seas político, y lo demás dejémoslo correr.

El integrista, le dice:

— Pórtate como Papa y como vicario de Cristo, si quieres que te respete.

Y el Papa sabe que tan cómodo como es ser político, es incómodo y reventante ser cristiano.

En fin: que será delicioso en todo caso ver al Nuncio y á Alvarez departir sobre los negocios públicos de España.

Prepare Alfonso su cámara fotográfica para sorprenderles el guiño de ojos que se van á hacer.

Si viene algún Nuncio al estilo borjiano, quizás le diga á Alvarez:

— ¿Heterodoxo? No me descalce usted, camarada. Hace siglos los curiales vaticanos estamos al cabo de la calle.

El que dirigió el saco de Roma, no fué un otro como Ferrer, sino el cardenal Coloma, *empapado* por todos costados... No hablemos de eso... ¡al negocio!

Profesionales de la difamación

Debemos ser nosotros de esos «profesionales de la difamación» de que habló ayer el «chorlito» de Asturias. Tiene mucha gracia.

Cuando se le dice á un general que perdió una batalla ó entregó, teniendo hombres, municiones y víveres, una plaza, que es un mal general, llama difamadores á los sinceros; si es un artista fracasado á quien se le demuestra su fracaso, difamadora es la crítica; si es un criminal y se le descubren sus crímenes, difamadores son los periodistas; si es un traidor como Melquíades, traidor á cartas vistas, que dijo ayer enormes acusaciones á la Monarquía y hoy entonó en su honor cantos de triunfo, somos difamadores los que decimos á las gentes:

— ¡Tened cuidado con ese individuo! Acostumbrado á engañar, os venderá como Judas á Jesús, cuando estéis descuidados; no le oigáis, porque mente y traiciona.

Esto es ser «profesionales de la difamación.»

Nos parece preferible que se nos llame así á que nos dijeran «profesionales de la estulticia y del engaño». Si decir verdades más grandes que cateólicas es difamar, esté seguro el gracioso «chorlito» de que continuaremos difamando.

¡Nos produce, además, un hondo regocijo el ver que ese hombre se unió á la plebe de fracasados, idiotas ó traidores que nos odian porque fuimos para ellos acusadores pertinaces é implacables!

Si el «chorlito» tuviera más importancia le incluiríamos en la categoría de Ciervilla.

Pero aquél nos hizo llorar grandes males, y éste no pasa de hacernos reír.

España Nueva

EL SEMINARIO

Cuando por todos los ámbitos de la nación española resuenan los ecos marciales de la guerra emprendida contra la corriente de la ilustración; cuando por doquiera se escucha el quejido universal en demanda de libertad, de ciencia, de progreso, gritos satánicos que engendra la blasfemia y prohíbe la incredulidad; cuando la ciencia única, la madre de las ciencias, la ciencia teológica yace con escándalo guarecida en media docena de conventos de frailes filipinos, arrojada de

la Universidad y detenida á guisa de conserva en el Seminario conciliar; cuando tal sucede, repetimos, deber es de todo fiel cristiano protestar enérgica é incansablemente contra tamaña incredulidad y salir al teatro de la guerra á robustecer la sagrada irrupción de los modernos Brutos, cuyo arrojo es asombro del mundo, regocijo del cielo y el más dulce solaz del Romano Pontífice.

¿Sabéis, católicos, cuál es la causa de que las hordas benditas del Norte y Cataluña se vean privadas del poderoso concurso de más piadosos sacerdotes que indudablemente hubieran dado ya feliz término á la lucha titánica, religiosa, inconmensurable, que sosteniendo vienen nuestros seráficos correligionarios en nombre de la fe católica, en nombre de nuestra madre la Iglesia, en nombre de la Santa Inquisición?

Pues es, no lo dudéis, la indiferencia de los padres para que sus hijos se matriculen en el Seminario.

En el Seminario, y nada más que en el Seminario es donde se crían, se propagan y se desarrollan esas inteligencias por Dios privilegiadas, esos talentos vigorosos, esas almas de hierro que cubiertas por la sotana y guarecidas por el crucifijo, tanto se distinguen en los campos de la lucha; allí es donde se inculcan, se depuran y afianzan las divinas máximas del absolutismo, bella aspiración de nuestro ilustre clero, y medio único de exterminar el nefítico imperio de la herejía; allí es donde se aprende la sagrada hipocresía de las escuelas jesuíticas; allí, en fin, es donde tiene su asiento el Evangelio, foco de conspiración que sirve de cimentos al gran templo de la Iglesia católica.

Sin el Seminario no podríamos contar con atletas del empuje del cura Santa Cruz, del párroco de Flix y de otros mil angélicos varones, tigres seráficos, en la buen sentido de la palabra, que vomitan la doctrina de Cristo por medio del bendito trabucc; sin el Seminario, nuestro manso clero, nuestros humildes sacerdotes dejarían de ser la sal de la tierra como dijo Jesús: *Vos estis lux mundi vos estis sal terrae.*

¿Y cómo no, si los humanitarios clérigos de España son en su inmensa mayoría fieles imitadores de aquel martir sublime que vagaba sediento y descalzo por los piadosos parajes de la Judea?

Y si indudablemente los curas son la sal de la tierra y los curas se engendran en el Seminario y en el Seminario es practica la virtud, ¿por qué la indiferencia de los verdaderos católicos, por qué el decalimiento del Seminario?

¿Acaso el pernicioso influjo de los modernos adelantos, acaso la fatal manía de pensar, acaso la existencia de los círculos democráticos, acaso la relajación de las costumbres ha podido llegar hasta nosotros?

Es necesario pensar con seriedad en el Seminario; es preciso que los católicos se apresuren á reconquistar tan precioso centro, modelo de edificante caridad, hi-

pócrita mansedumbre y seráficas intrigas; en donde el envilecimiento reviste los sagrados ropajes y el celibato clerical aprende las más buenas formas; es preciso el fomento de los Seminarios para que las sagradas hordas se robustezcan, y para ello el pueblo católico, los amantes de la religión, nos deben su ayuda, su incondicional apoyo.

Si los siervos del Señor han de conservarse rollizos y coloradotes; si los discípulos de Jesucristo, legítimos dispensadores de la gloria, han de constituir la brigada falange encargada de regenerar á la España cristiana, indispensable es la creación de Seminarios, porque, sabedlo, el Seminario es el montón sagrado, el foco, el semillero de los adalides que tanto honran á nuestro humilde clero, clero insigne, piadoso, católico, apostólico y romano, que no ha vacilado nunca en empuñar el trabuco y cuya piadosa voz grita sin descanso: «¡Hurra, Seminaristas, ha llegado la hora!

»¡Muerte, exterminio, Dios, Rey y Religión!»

El Pendón

1874.

La vida es sueño

Contra mi costumbre, no me acosté á las ocho la noche del 29 de Septiembre, y aguardé con impaciencia febril á que sonaran las doce. Deseaba presenciar desplerto el derrumbamiento de la monarquía.

¿En qué me fundaba para creer que ocurriría? En lo siguiente.

Hace unos veinte años tuve este sueño hermoso:

«La restauración se hundirá cuando los republicanos hayamos pronunciado cincuenta mil discursos y consumido en banquetes cien toneladas de vituallas.»

Y como hasta los hombres más despreocupados somos algo supersticiosos, díme desde aquel día á sumar los discursos que soltáramos y á calcular las municiones de boca que consumíamos, y calculé á principios de este mes de Septiembre que nos faltaban para derribar la monarquía 226 discursos y trece quintales de congunio, panecillo más, chuleta menos.

Y me dije: «Pues cuestión resuelta. El 29 de Septiembre, aniversario de la revolución, se completará el número de los discursos y se sobrepujará el del consumo de vituallas. Y monarquía por tierra.»

Y, como he dicho, no me acosté á las ocho, como de costumbre.

¡Qué horas pasé hasta las doce! Siglos me parecieron... Al menor ruido me asomaba al balcón...

«¡Ya comienza el pueblo á fraternizar!» me decía. Y era una pareja de distinto sexo que á favor de la oscuridad se abrazaba.

«¡Ya resuena el rumor lejano de la muchumbre que semeja el de la ola en noche tempestuosa!» Y era que unos cuantos individuos, cada uno de los cuales representaba dos por lo menos como el candil de la cena de Baltasar de Alcázar,

dísputaban al aire libre sobre una jugada de más.

«¡Suenen *La Marsellesa!*... ¡Oh! ¡Ya están ahí! ¡Viva el pueblo soberano! ¡Abajo la...

Antes de terminar la frase, caí en la cuenta de que todas las noches tocaban el himno en el órgano expresivo, ó como se llame ese armatoste relativamente armónico, del cinematógrafo que hay frente á mi casa...

Me retiré furioso del balcón ante estos desencantos, mas sin perder del todo la esperanza.

Cada minuto me traía una emoción diversa... cada cinco experimentaba un anhelo más vehemente... Ni en mis buenos tiempos, cuando contaba los interminables segundos que tardaba en aparecer la señora de buen gusto que había tenido el honor de darme una cita.

«¡Dan las diez!... ¡Cómo! ¿Las diez nada más?... ¡Si ya han dado dos veces lo menas!... ¡Si deben ser las doce!... Mas nada. Eran las diez.

Pasaré por alto lo que pensé y sentí hasta que las doce dieron. ¡Por fin!

Desde que sonó la primera campanada hasta la última, no sé los años que para mí transcurrieron...

Volví á asomarme al balcón, y...

Todo permanecía en calma...

Parodí al poeta de

Los ojos giro en incesante anhelo, y miro en torno indiferente el mundo y en torno miro indiferente el cielo, y me pregunté con tanta tristeza como amargura:

¿Será que los sueños sueños son? ¿Será que no he llevado bien la cuenta de los discursos? ¿Será que faltan tres ó cuatro rajadas de merluza y diez ó doce percebes to avía para el completo de las cien toneladas de comida?

¿O será tal vez, y á esto estoy por inclinarme, que las monarquías no se derriban banqueteadando y discursandoc?

Mientras no reúna datos que me permitan formar juicio exacto sobre estos dos puntos, continuaré aferrado á la última opinión.

1902

Bibliografía

Caracteres, por La Bruyère.

La versión castellana de esta obra que acaba de publicar la renombrada Casa Editorial F. Sempere y Compañía, de Valencia, es verdaderamente definitiva, así por haberla depurado de los textos erróneamente atribuidos al insigne filósofo francés, como por su estilo castizo y sobrio, según conviene á los epifonemas de alta filosofía incluso en el célebre libro del sabio preceptor del príncipe Condé.

Es, por tanto, la única edición íntegra de *Caracteres*, pueden lo servir lo mismo al erudito é inteligente investigador bibliográfico que al lector vulgar y de escasa cultura.

La traducción débese al conocido escritor Francisco Lombardía, cuya prosa fácil y correcta ha interpretado fielmente las importantes ironías y enseñanzas del gran La Bruyère.

Este libro, que forma un grueso volumen, véndese al precio de 2 pesetas en todas las librerías.

CASTIGOS

por

ROBERTO ROBERT

No: el rey Ricardo tampoco se mostró indiferente en ese ramo. De una sola vez reunió á 19 prisioneros franceses: á tres de ellos los mandó morir despeñados; á 15 les hizo vaciar los ojos, y al otro le dejó tuerto para que pudiese gnar á sus compañeros al pie del trono del rey francés, su rival.

¡Su rival!

Su rival era el no meaos glorioso Felipe Augusto.

Vió llegar á los prisioneros desojados por Ricardo, y ¡cuán cierto es, como Cervantes dice, que cortesías engendran cortesías!

Su rival era también un príncipe cristiano, un héroe de las Cruzadas.

Felipe Augusto quiso corresponder inmediatamente á Ricardo, á cuyo fin hizo reunir á 19 prisioneros ingleses; hizo vaciar los ojos á 15, y dejó otro tuerto para que les acompañase al pie del trono del rey Ricardo.

¿Y los otros tres?

El rey Felipe Augusto no hacía las cosas incompletas: los otros tres murieron despeñados.

Un poeta francés y cristiano cantó las hazañas de Felipe Augusto, y aludiendo á ese hecho, dice: «Así mostró que no cedía al rey Ricardo en valor ni en poderío.»

Y supongo que otro poeta inglés y cristiano cantaría las hazañas de Ricardo, diciendo que en nada cedía á Felipe Augusto, y me apresuro á confesar que ambos tendrían razón.

En 1036 habla muerto Canuto, y parece que debía sucederle en el trono de Inglaterra Hardeknuto, hijo de su segunda esposa.

El conde Godwin, empero, coronó á Haraldo, que era el hijo mayor, nacido del primer matrimonio.

¿Qué hizo Haraldo, primogénito de aquel Canuto que se habla hecho cristiano? Desterrar á su madrastra, esto ya se lo figura cualquiera; pero ¿qué más hizo? Lo corriente entre cristianos: vaciar los ojos á su hermano Alfredo.

En 1072, el emperador de Constantinopla, Romano IV, sale de la cárcel, levanta un ejército, es vencido, ofrece abdicar y retirarse; se acepta su proposición, se le envían tres obispos á fin de que en su compañía se presente sin desconfianza; se presenta, en efecto; se le prende, se le vacían los ojos y se le destierra á una isla.

Y esto de sacar los ojos se hacía en un abrir y cerrar de ídem.

No hay como la práctica.

Seis años después, Brenno era vencido en Oriente por su competidor Botoniata. ¿Qué hizo el emperador triunfante?

¡Lo adivinaste, lector! Vació los ojos al emperador triunfado.

Un año después, Guillermo el Conquistador, por permisión de la Providencia, disponía todas las cosas de su reino en favor de sus normandos, y en un circuito de treinta millas lo derribó todo, incluso, aldeas é iglesias, que componían nada menos que treinta y seis parroquias (y por cierto que se le olvidó indemnizar á los propietarios).

Todo aquel territorio lo destinó á bosque, donde abundara la caza para sus normandos.

Y si bien aquel rey era tan piadoso que sólo imponía una leve multa al que cometía un homicidio, fué tan mirado en las leyes de la caza, que al inglés que cazaba una liebre le hacía sacar los ojos, á fin de que otra vez no diese con el camino del cazadero.

El medio iba generalizándose de día en día, y á fines del siglo XI, aquel noble señor francés, llamado Enguerrando de Coucy, conde de Amlens, no cogía prisionero á quien no sacara los ojos, si bien, por ser algo artista, les cortaba igualmente los pies.

A mediados del siglo XII sucedió que un trovador, peleando contra Enrique I de Inglaterra, fué hecho prisionero y condenado á perder la vista.

Por el mismo tiempo, Andrónico, ¡todo un emperador! mandó sacar los ojos á Juan Cantacazeno, antes que por su propia mano le despojara del manto imperial.

Y aún se mostró más artista que Enrique de Inglaterra; pues si bien á Angel Teodoro le mandó sacar también los ojos lisa y llanamente, á otros súbditos les hizo objeto especial de su especial ingenio para los castigos.

Así refiere la Historia que á muchos los mandó aborcar de árboles muy altos, y á los que le parecía bien les cortaba los dedos, á tales las manos, á cuales los pies, y con algunos tuvo el acierto de sacarles el ojo derecho y cortarles el pie izquierdo, para que formasen pareja con aquellos á quienes sacaba el ojo izquierdo y no les dejaba sin cortar el pie derecho.

Y aquel siglo no terminó sin que Isaac el Angel, emperador de Oriente, destronado por su hermano Alejo, no fuera pri-

vado de la vista antes de entrar en la prisión en que acabó sus días.

Me parece que para final de siglo el hecho es bello desde el punto de vista de la vista.

Pero hubo más: lo de Alejo sucedía en 1195. Pues bien; en 1198, el rey de Francia, Enrique VI, peleaba contra Ricardo, príncipe de Inglaterra, su vasallo. Cuatro años hacía que los dos ejércitos andaban riñendo batallas, sin que la fortuna decidiera nada; pero cansados los combatientes de aquel tira y afloja de la suerte, apelaron al gran recurso de los códigos cristianos, y los prisioneros de uno y otro bando acto continuo pagaban al vencedor con los ojos. De este modo iban escaseando los combatientes y se hicieron más difíciles los horrores de la guerra, que no podían menos de repugnar á aquellos corazones poseídos de las cristianas virtudes de su época.

La envidiable unidad de creencias religiosas llevaba consigo naturalmente la unidad de costumbres: por eso vemos que derrotados los güelfos de Florencia en 1249, derribados por los gibelinos treinta y seis palacios y tomada por hambre la ciudad de Capraya, sus prisioneros fueron desterrados y vaciados de ojos en su mayor parte.

Trece años después el emperador Miguel Paleólogo asienta el imperio exclusivo de su dinastía en Oriente y la inaugura sacando los ojos á Juan Láscaris.

Pero ya mucho antes el emperador Murzufio, que imitando á Alejo se había hecho coronar en Santa Sofía, después de su derrota padecía el castigo de la época, es decir, era privado de la vista.

Y vencidos los dos hermanos Láscaris, también habían pagado con los ojos lo que debían al rencor de sus adversarios.

Y á poco de esto, Asán II, rey de los búlgaros, vencía á Teodoro, déspota del Epiro, y le privaba de la mayor parte de sus dominios y de entrambos ojos.

Y en el siglo siguiente, el buen Amurates tenía un hijo, y tenía además miedo de que ese hijo le destronara.

Amurates, como buen padre y buen rey, no quería que su hijo se manchara con tan feo delito, y movido de sus paternales afectos le mandó vaciar los ojos.

Pero como Juan Paleólogo era también padre de un mozo, de quien Amurates sospechaba que tal vez podría incurrir en el mismo crimen, Amurates le escribió que si no quería que le tuviera por cómplice de su proyectado destronamiento, vaciara los ojos á su vástago, como él habla hecho con el suyo propio, y así efectivamente se hizo, con lo cual el soberano pudo vivir tranquilo.

(Continuará)

IMPRESA: LIBERTAD, 31.—MADRID